



vr vida religiosa

Noviembre 2023-número 9 vol.135

Seguimos caminando

Desde el aula sinodal

Amnesia y anamnesis

NOVEDADES



Lectio Divina para Tiempos Fuertes ADVIENTO Y NAVIDAD 2023

La alegría de la espera

GONZALO FERNÁNDEZ SANZ. Páginas 92. P.V.P.: 7 euros

Los tiempos fuertes del Adviento y la Navidad son muy propicios para meditar y dejar que la Palabra de Dios inspire nuestras vidas. La «lectura orante» del Evangelio nos llega, este año, de la mano de Gonzalo Fernández Sanz, quien ha trabajado principalmente en los campos de la pastoral juvenil y vocacional, la formación para la vida consagrada y el gobierno. Su blog personal, *El Rincón de Gundisalvus*, recoge diversos temas, siempre contemplados desde una perspectiva cristiana en diálogo con la cultura contemporánea.

PALABRA Y VIDA 2024

El Evangelio comentado cada día

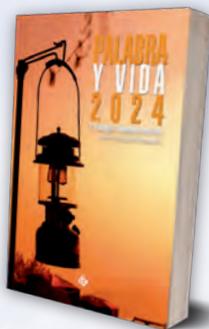
IANIRE ANGULO ORDORIKA. Páginas 432 P.V.P.: 2,20 euros

Palabra y Vida 2024 nos invita a hacer de la Palabra de Dios el motor de nuestra renovación espiritual, una ayuda para vivir los grandes retos de estos tiempos.

Ianire Angulo Ordorika,

doctora en Teología Bíblica y profesora de Biblia,

nos acompañará con sus comentarios al Evangelio de cada día.



**INTER
GENES**

Desplegables al servicio
de la evangelización

www.intergentes.es



Publicaciones Claretianas

Juan Álvarez Mendizábal, 65, dupdo. 3º - 28008 Madrid - Tlf. 915 401 267

publicaciones@publicacionesclaretianas.com

www.publicacionesclaretianas.com

EDITORIAL



Gonzalo Fernández Sanz
DIRECTOR
DE VIDA RELIGIOSA

Seguimos caminando

Soy Gonzalo Fernández Sanz, misionero claretiano. Desde el pasado mes de octubre he asumido la dirección de *Vida Religiosa* por encargo de los responsables de mi provincia claretiana de Santiago. Creo que mi primera colaboración en esta revista se remonta al año 1987. Publiqué un artículo titulado «Cómo hacer Iglesia en un mundo posmoderno». Eran años de pensamiento débil. Desde entonces, he colaborado con ella en numerosas ocasiones. No me resulta, pues, un territorio extraño. Ahora, tras la etapa del padre Luis Alberto Gonzalo Díez al frente, recojo el testigo con un sentimiento de gratitud por su trabajo durante los últimos quince años y me apresto a seguir por la ruta trazada. Alejado del mundo académico desde hace años, puedo, no obstante, compartir la ex-

periencia de un largo tiempo de gobierno en mi congregación y de contacto fraterno con numerosos institutos masculinos y femeninos. Espero que eso me ayude a ensanchar la mirada.

Desde su creación en 1944 han pasado por la dirección de *Vida Religiosa* numerosos claretianos. Cada director y cada equipo han dejado su impronta. La vida avanza. Es verdad que el cierre continuo de comunidades religiosas en Europa y América va acompañado de bajas en las suscripciones a la revista, pero sigue mereciendo la pena acompañar esta etapa de la vida consagrada desde la narración de lo que está sucediendo, la reflexión sobre su verdadero significado y la propuesta de caminos de futuro.

Vida Religiosa nunca se ha dejado seducir por la tentación del derrotismo o la de-

sesperanza. Que seamos menos y que nuestra media de edad sea cada vez más alta no significa que no podamos seguir al Señor con alegría, confiando en su providencia amorosa. Si algo hemos aprendido en nuestro contacto diario con la Palabra de Dios, es que, aunque caminemos por cañadas oscuras, nada tememos porque el Señor viene con nosotros (cf. Sal 23,4). Por otra parte, por mucho que cavilemos y programemos, «si el Señor no construye la casa, en vano se cansan los albañiles» (Sal 127,1).

Confortados por esta mirada de largo alcance, queremos emprender en los próximos meses un proceso de discernimiento para ver cómo enfocar la revista en los años venideros. Consultaremos a los lectores, dialogaremos con pastores, teólogos, hombres y mujeres de gobierno

y nos encontraremos con algunas conferencias de religiosos y otras instituciones que trabajan al servicio de la vida consagrada.

Esperamos que el fruto de ese discernimiento coral nos permita hacer un diagnóstico más preciso de la situación presente, del uso que se hace de la revista (tanto en su formato impreso como en el digital), de las necesidades formativas que tienen nuestras comunidades y de la aportación específica que podemos hacer. De esta manera, queremos atarnos mucho a la realidad actual, promover una nueva reflexión sobre la vida consagrada, evitar solapamientos con otras iniciativas semejantes y, so-

bre todo, seguir ofreciendo una palabra lúcida, plural y esperanzada en estos momentos complejos.

La vida consagrada de Europa y América necesita escuchar también la voz que nos llega de África y Asia. Allí se están gestando nuevos estilos no exentos de problemas, pero cargados de novedad y de futuro. Por eso, procuraremos hacernos más eco de estas voces refrescantes.

Aprovecho este primer editorial de la nueva etapa para enviar un cordial saludo a todos nuestros lectores. A algunos los he conocido personalmente en cursos, retiros y encuentros de diverso tipo. A otros muchos espero conocerlos a lo largo de los

próximos años. *Vida Religiosa* ha sido y quiere seguir siendo un «punto de encuentro» de las diversas formas de vida consagrada. Agradecemos todas las críticas y sugerencias que quieren hacernos para caminar siempre al lado de quienes están entregando su vida al Señor sin exigir un peaje por ello. Por nuestra parte, nos esforzaremos por aguzar el oído, templar el corazón y dar voz a quienes tienen algo que decir desde una experiencia renovada de consagración a Dios. El reciente Sínodo nos ha enseñado que solo cuando aprendemos a «conversar» sin un guion previo dejamos espacio al Espíritu para que nos sorprenda y nos acompañe.

Nuestra portada

El camino es una metáfora muy socorrida. En tiempos de sinodalidad es quizá la que mejor expresa que provenimos de una situación y nos dirigimos a otra. El camino traza una línea de continuidad, más curva que recta, entre puntos diferentes. Une lo distante y lo distinto. Las mejores cosas de la vida suelen suceder mientras vamos de camino. En el camino recordamos y olvidamos, nos juntamos con otros y permanecemos solos, ayudamos y nos dejamos ayudar.

Volumen 135. N.º 9 Noviembre 2023



Dirección: Buen Suceso, 22. 28008 Madrid

www.vidareligiosa.es

Redacción: Tel.: 915 401 262 - WhatsApp: +34 676 25 67 05 - e-mail: secretaria@vidareligiosa.es

Suscripciones: Tel.: 915 401 238 - e-mail: suscripciones@vidareligiosa.es

Precios: España y Unión Europea: 63 euros (IVA incluido).

Canadá, USA, Puerto Rico y Japón: 94 euros ó 102\$ USD.

Otras naciones: 67 euros ó 72\$ USD. Números sueltos: 4 euros ó 4,50 \$ USD + gastos de envío.

Índice



04 En camino, Alberto Ares

05 Mirada con lupa, Santos Blanco,
Gonzalo Fernández

12 Femenino singular,
Cristina Inogés

13 Desde el aula sinodal,
Jolanta Kafka

16 Amnesia y anamnesis: El *yin* y el *yang*
para una vida de consagración,
Paulson Veliyannoor

20 Hablando en dialecto,
Dolores Aleixandre

21 Retiro: Discípulos gestantes (I).
Tiempo de Adviento,
Miguel Tombilla

29 Vivir es así de simple,

José Tolentino de Mendonça

30 Más que una foto: M^a José Tuñón,
Carlos González

39 Guardad vuestro corazón,
Anna S. Boira

40 Amor célibe,
Bonifacio Fernández

44 P. Romanelli: «Toda la vida consagrada con
presencia en Gaza ha decidido permanecer
aquí», Ignacio Virgillito

47 La sonrisa en la mirada,
Jorge A. Sierra

48 Lectura recomendada,
Francisco Javier Caballero

Edita: Misioneros Hijos del Corazón de María (Claretianos)

Director: Gonzalo Fernández

Subdirector: Pedro Sarmiento

Consejo de Dirección: José Cristo Rey García

Consejo de Redacción: Asunción Codes, Luis González-Carvajal, Félix Martínez Lozano, M^a Luisa González,
Joaquim Erra i Mas, Segundo L. Pérez, Francisco J. Caballero - Depósito Legal: M-2.582-1.958 ISSN: 0211-9749

Maquetación y diseño: M^a Ángeles González, Araceli López-Pastor, Pedro M. Sarmiento

Foto de portada: Pixabay- Imprime: Din Impresores.



La amistad

Alberto Ares

DIRECTOR DEL SERVICIO JESUITA A REFUGIADOS
JRS EUROPA

Hace poco una amiga cumplía años y haciendo memoria nos dimos cuenta de que comenzamos a ser amigos hace más de 30 años.

A mí me empiezan a dar un poco de vértigo esas cifras, pero a la vez me produce mucha alegría ver crecer la amistad, acompañándonos en las duras y las maduras, los nacimientos y los fallecimientos, las alegrías y los desgarros, ... pero sobre todo con la confianza de que la otra persona va a estar ahí, la necesites o no, compartiendo la vida, los silencios, los éxitos y los fracasos.

La amistad nos acompaña y la vemos crecer cuando la cuidamos, como una planta. Necesita de sus tiempos de siembra, de poda, de alimentarse, de paciencia, de silencio, de cariño, de confianza, ... sabiendo que la planta crece a veces de for-

ma misteriosa incluso cuando estamos dormidos.

En cierta manera la amistad es una apuesta en la vida por el amor y la gratuidad. Cuando realmente sentimos el amor y la amistad gratuitos y misericordiosos de Dios, nos damos cuenta de que la amistad y el amor son un regalo inmerecido, que somos llamados a transmitir de la misma manera, gratuitamente.

Es en ese momento cuando la amistad no se agarra al yo-te-doy-si-tú-me-das y se convierte en un modo de relacionarnos con los demás, al menos con aquellas personas con las que cultivamos un vínculo en el tiempo. Un buen amigo te dará un abrazo cuando estás triste, y te sacará tu mejor sonrisa, celebrará tus éxitos y estará a tu lado cuando las cosas no van bien o cuando parece que todo te da la espalda.

La amistad toca temas profundos de la vida, nos llena de paz y de sentido. Los amigos son esos transmisores o transparencia de un amor que nos sobrepasa y nos colma. Los amigos no son perfectos ni lo pretenden, como cada uno de nosotros. En muchas ocasiones es a través de la vulnerabilidad como en la amistad encontramos esa conexión que nos abre al misterio.

En general, la amistad no se demuestra en acontecimientos extraordinarios, aunque en ocasiones haya espacio para ello. La mayoría de las veces tiene que ver con una llamada inesperada, una sonrisa cuando estás de bajón, una visita «porque sí», un café rápido a media tarde o un abrir las puertas de su hogar cuando perdiste la conexión de camino a casa y necesitas hacer un alto en el camino. Esa es, entre otras muchas cosas, la amistad.

MIRADA CON LUPA



Santos Blanco,
director de la película *Libres*

ENTREVISTA

Hablar de la vida desde la vida

¿Qué pasa cuando una película no trata sobre la vida monástica sino que pone cámaras y micrófonos para que la vida monástica hable de la vida en general? Pues que muchas personas se asombran de la sabiduría que atesoran los hombres y mujeres del silencio. Su exploración del misterio de la existencia a la luz de la fe ilumina las encrucijadas que todos vivimos. Por eso, llegan al corazón

Gonzalo Fernández, cmf
Director de VR

Nos citamos en mi despacho a finales de junio, apenas comenzado el verano. En el diálogo con Santos Blanco, director de la película Libres, me acompaña Carlos Santana, un periodista amigo con el que vi la película por tercera vez en un cine cercano a mi casa. Los tres nos repartimos las preguntas y las respuestas en una animada conversación. Santos Blanco es un director joven. Rezuma entusiasmo, pero no despega los pies de la tierra. Conoce muy bien las búsquedas de su generación y, al mismo tiem-

po, es muy sensible a la rica herencia de la Iglesia. La pandemia lo puso en contacto con algunos monasterios. De esa experiencia singular surgió una película que, a pesar de tratar un tema poco comercial, escaló a los primeros puestos de las películas más vistas en España la pasada primavera. Empiezo la entrevista a quemarropa.

Si tuvieras que rodar de nuevo la película, ¿qué cambiarías?

Yo creo que no cambiaría nada, de verdad. En cada uno de los momentos por los que

ha ido pasando la película, desde que comencé a idearla hasta el montaje final, he ido percibiendo una intervención –diría que divina– porque es que parecía imposible que saliera todo tan fácilmente.

O sea, como si viniera rodada, nunca mejor dicho

¡Pero todo, de principio a fin! Todo lo que tenía en la cabeza, de pronto, puesto en imagen, funcionaba. Fue todo muy rodado, hasta el punto de que yo fui el primer sorprendido. Ten en cuenta que con otro documental



estuve dos años hasta encontrarle la forma. Lo que ha pasado en esta ocasión no es normal, por eso digo que no quiero cambiar nada. De hecho, sigo dentro de la sorpresa.

Da la impresión de que tú te has puesto al servicio de un plan preexistente

Es cierto que ha habido mucho esfuerzo y varios momentos en los que, sobre todo antes de comenzar el rodaje, estuve a punto de tirar la toalla por temas relativos a la financiación, pero justo cuando le decía a mi mujer que ya no podía más, pasaba algo que activaba otra vez todo el proceso.

Como director, no como creyente, ¿te parece que los hombres y mujeres de la vida monástica son buenos actores?

Ha sido una de las grandes sorpresas. Primero, ver cómo se abren y lo que cuentan. Antes de rodar, tuve la oportunidad de ir trabajando cierta confianza con ellos, de adquirir cierta complicidad a base de pasar tiempo juntos. Esta labor ayudó a que se comprendiera bien el mensaje que yo quería contar. También es verdad que ellos no tienen prisa, y eso resultó determinante.

¿Qué hay de verdad y qué hay de mentira en Libres?

Yo creo que todo es verdad. Ellos son auténticos y se palpa en la forma en que transmiten su historia, en el modo en el que gesticulan, en sus expresiones, y en que en ningún caso se muestran superiores en nada: ni ante las circunstancias de la vida, ni siquiera espiritualmente o desde una perspectiva moral. Nada.

Lo que transmiten, por encima de todo, es humildad. Una humildad que llega hasta el punto de que algunos de ellos sabían de antemano que no iban a poder ver la película en la que estaban participando.

Y ¿por qué la has titulado Libres, en vez de Humildes?

Pues, en realidad, la película se iba a llamar *Duc in altum* (Rema mar adentro). Ese fue siempre el título original.

Que ahora se ha convertido en el subtítulo

Sí. Pero recuerdo cómo algunos de mis compañeros del equipo, como Lucía, de la distribuidora, y Javi, el guionista, por poner un par de ejemplos, me decían que rectificara, que el título no enganchaba. Entonces, editando la película, caí en la cuenta de que la palabra *libres* es la más repetida en

las veintidós horas de brutos que visioné.

Es verdad que yo me había leído hace unos años un libro que me marcó mucho, *La libertad interior*, de Jacques Philippe. Entonces empecé a pensar que, realmente, la película iba sobre esto. Y es que creo que ser libres es lo que le falta al mundo de hoy en día; quiero decir, capacitarse para encontrar la verdadera libertad.

Por otro lado, a base de darle vueltas, me pareció muy bonita la contraposición entre dos conceptos *a priori* antagónicos. Si son gente que no sale de un monasterio, ¿por qué son libres?

Suena un poco abstracto, pero ¿qué es para ti la libertad?

Creo que es el camino que lleva a una vida de paz interior. Una paz, además, que posibilita que nada, o casi nada, te enturbie. O sea, la libertad te permite vivir con serenidad, con paz, con una alegría profunda que no es la felicidad que te promete el mundo. Y lo más fascinante es que puedes ser la persona más libre del planeta, aunque atraveses etapas en las que se te cierra toda posibilidad de elección. Por ejemplo, yo ahora acabo de ser padre, y pese a que el tiempo no es mío, ni las posibili-

dades de hacer o no hacer cosas tampoco lo son, puedo paladear un poquito este concepto de libertad.

¿La película ha cambiado el concepto que tú tenías de la libertad?

Sí, claro. Me ha hecho más presente y profundo el concepto de libertad que solemos leer en los libros. He podido ser testigo de la vivencia de la libertad, casi diría que la he palpado. Otra cosa es que yo la haya conseguido para mí, que es muy diferente. Es obvio que no la he conseguido, pero sí que la he visto, por así decirlo, materializada en la vida de otras personas.

¿Y por qué te parece que la película ha conectado con tanta gente?

Quizá por la sorpresa. El público que se acerca a la película piensa que lo que verá es la vida de unos monjes y monjas, pero no espera que esos monjes y monjas sean los que interpelen al espectador de la sala de cine. No es una película que habla de la vida de unos monjes, sino que unos monjes hablan de la vida en una película. En este sentido, ha conseguido conectar con muchos porque pide que no nos distraigamos de nues-

tras vidas; al contrario, el testimonio de los monjes y monjas te exige reflexionar, aunque sea solo un poquito.

¿Cuál es la parte que más te ha afectado como director?

Me ha gustado cómo se trata el tema de la muerte porque es uno de los grandes conflictos del ser humano y, en muchas ocasiones, creo que es una de las causas por las que las personas se alejan de Dios. En cierto modo, yo mismo tuve que cuestionarme muchas cosas cuando los médicos me tuvieron que notificar que lo mejor para mi hijo, a los pocos días de haber nacido, era operarle del corazón. Pasar por algo así me hizo volver la mirada a la película. Personalmente creo que yo también he encontrado grandes respuestas en ella.

¿Por qué estructuraste la película en torno a la triada «camino, verdad y vida»?

Siempre me ha marcado mucho esa frase, desde muy jovencito, porque es la auto-definición que da Jesús de sí mismo. En un pasaje del Evangelio, en tres palabras, «camino-verdad-vida», Y, si Cristo se define así, creo que es ahí donde está la raíz de todo y también de la película.

Santos, esta revista se dirige a todos los religiosos, tanto a los de vida contemplativa como a los de vida activa. La mayoría son de vida activa. Están muy metidos en el mundo de la enseñanza, la sanidad, las obras sociales, etc. ¿Tú crees que la vida religiosa activa es tan fotogénica como la vida religiosa contemplativa? ¿Cabría imaginar una película que se titulara «Serviciales»? ¿Cómo ves tú la vida religiosa activa después de haber fotografiado la contemplativa?

Yo creo que sí se podría hacer una película como la que propones. Es más, creo que quizá sería más comprensible para el mundo. Fíjate, parte del equipo de rodaje no era creyente y ellos a veces expresaron que las personas que eligen recluirse en monasterios adolecen de un cierto egoísmo, porque habiendo como hay tantas urgencias en el mundo se necesitan muchas manos. Hay muchas precariedades y hay mucho que construir, pero desde un monasterio, decían ellos, la vida religiosa no está construyendo nada. Entonces yo creo que, efectivamente, sería muy positivo ofrecer este punto de vista más humano de la vida religiosa, esta emocionalidad

más de contacto, de construir para el mundo. Mi padre siempre lamenta lo desapercibida que pasa la vida religiosa cuando estalla un conflicto, o cuando sucede una catástrofe en cualquier país. Quiero decir, está fehacientemente comprobado que son los religiosos los últimos en irse. Y a veces, es verdad, no se van nunca, y optan por quedarse para morir junto a los más vulnerables, junto a aquellos que no pueden salir. Eso es algo impresionante.

Habiendo conectado con la búsqueda espiritual de mucha gente, ¿por qué te parece que tan poquísimas personas se adhieren a esta forma de vida? ¿Por qué hay tan pocas vocaciones, en definitiva?

Hay pocas vocaciones en todo, y vemos cómo hoy en día muy pocos se atreven a formar una familia, ¿no? Yo tampoco soy un gran estudioso de este tema, pero sí que pienso en ello, y de hecho es una de las razones por las que hice la película. Creo que la cultura occidental, la cultura capitalista, se basa en los bienes materiales, y entre las muchas consecuencias que tiene entender la vida de esta manera, una es que la espiritualidad se va



muriendo, se va quedando por el camino.

Después de ese contacto tan cercano y cordial que has tenido con diversas comunidades religiosas, en este caso monásticas, ¿qué te parece que tendría que potenciar hoy la vida religiosa? ¿Qué tendría que

corregir para ser más auténtica?

De esto he estado pensando estas últimas semanas a raíz de *Amén*, el documental-entrevista que el comunicador Jordi Évole le hizo al papa Francisco. Inmediatamente después de verlo, confieso que no me gustó mucho, pero luego empecé

a pensar en el papel que juega el Papa. Al final, me convertí casi en un gran defensor de la cinta. Y es que me da la sensación de que a la Iglesia le falta un mensaje de humildad. Yo creo que en *Amén* el Papa ofrece un ejemplo de cercanía y humildad que es mucho más potente que cualquier palabra doctrinal que pueda decirse.

Recuerdo esa parte de la película en la que el Papa es cuestionado por la pederastia en la Iglesia. Él podría haber respondido de muchas maneras; por ejemplo, sacando pecho del bien que hacen tantísimos cristianos en tantos sitios, y añadiendo que la pederastia es una cuestión que se ciñe a unas pocas manzanas podridas, pero no. El Papa dice humildemente: «Somos personas. Somos personas. Y eso no está bien. Ya está».

Desde el principio has repetido mucho la clave de la humildad como la que puede conectar más con un mundo arrogante, prepotente...

Totalmente. Y creo que la Iglesia, como institución, debería aplicárselo también, mostrando al mundo lo vivos que están sus hijos. Por ejemplo, yo voy mucho a Hakuna, y allí trabajamos mucho en esta idea de Iglesia viva. Creo sinceramente

que todos los movimientos tienen una vida muy alegre y habría que cuidarla.

En este momento de la entrevista a mi amigo Carlos le pica la curiosidad por saber

algo acerca de una de las monjas que aparecen en la película. Se lanza en picado.

Quería preguntarte por Garbiñe, la religiosa vasca que da su testimonio en



Libres. ¿Sabíais con antelación de su enfermedad?

No, yo no lo sabía. Y me reafirma en una idea que siempre he procurado mantener, y es que a la hora de enfrentarse a un documental no hay que cerrarse a la sorpresa. La historia de Garbiñe lo demuestra. Estábamos rodando en Vico y habíamos recogido el equipo porque solo quedaba por grabar una secuencia. Así se lo dije a la abadesa. Era una conversación en una salita en torno a una taza de café. Yo no quería poner el foco en la conversación en sí, sino en la familiaridad, la fraternidad con la que viven y se relacionan las monjas. Una de las religiosas era Garbiñe, a la cual no habíamos visto antes porque acababa de regresar esa misma mañana al monasterio. Venía del médico. Empezamos a grabar, pero yo estaba fuera del set de rodaje, y por tanto no estaba atento a lo que se decían entre ellas, hasta que un compañero del equipo me advierte de que debería escuchar lo que están hablando. Garbiñe se estaba muriendo de cáncer y lo expresaba con total naturalidad. «¿Le importaría que le hiciera una entrevista?», le pregunté entonces. «No, no, lo que quieras», me contestó ella. Al final, ese día no nos fui-

mos hasta las nueve de la noche.

Más allá del público objetivo, ¿en quién pensabas mientras rodabas la película?

Yo intentaba dirigirme a un público no creyente, y esa era una de las premisas. No quería hablarles solo a los católicos. Pero, más allá de esos, pensaba mucho en mis amigos, los del barrio y los del colegio.

Aquí se abrió una senda interesante. Tenía mucho interés en preguntarle a Santos algo acerca de la relación de los jóvenes con la Iglesia y de esta con ellos. Le formulé una pregunta muy concreta.

¿Por qué crees que hay tantos jóvenes que, habiéndose formado en colegios religiosos, no mantienen una vida de fe más comprometida que otros que se han formado en ambientes más secularizados?

Tengo la impresión de que la sociedad y la Iglesia piensan que los jóvenes aparcan la fe porque no les gusta algo de ella, o porque dudan de si es verdad o no lo que revelan los evangelios, pero yo creo que en realidad es otra cosa, mucho más inconsciente que consciente. Creo que simple-

mente sucede una desconexión paulatina hasta que llega un día en que la fe acaba por resultar ajena a la vida. En muchos casos—yo lo he visto—una cierta vergüenza corta con la posibilidad de volver a ir a misa, por ejemplo. Y es que para alimentar la fe hay que perseverar, pero cuesta porque el mundo te presenta otras prioridades que al cabo te dejan sin tiempo para nada más.

El tiempo vuela. El abanico de temas se abre, pero Santos tiene que irse porque tiene otros compromisos urgentes. Carlos pone fin a la entrevista con una pregunta que suena muy teórica, pero que tiene que ver con el meollo de la vida.

En Libres, ¿hay más humanidad que divinidad o más divinidad que humanidad?

Creo que hay un equilibrio en cada una de las partes de la película. Tanto en Camino y Verdad como en Vida, se tratan temas humanos y temas también divinos. Se trata un tema tan humano como el de que el mundo no basta, que no llena las ansias del corazón humano. Y al mismo tiempo se da respuesta a por qué hay Alguien que espera que te encuentres con Él para llenar ese vacío. **VR**



Horizonte

Cristina Inogés Sanz

LAICA. TEÓLOGA. COMISIÓN METODOLÓGICA DEL SÍNODO DE OBISPOS

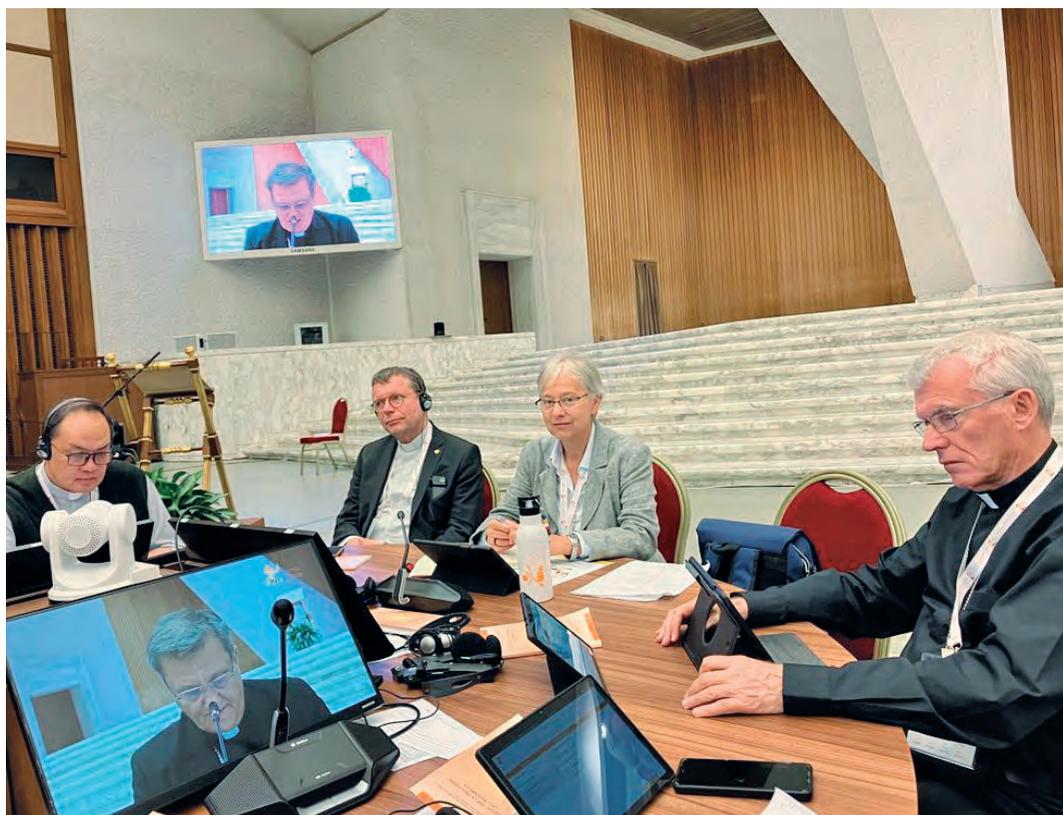
Cuando una persona pasa mucho tiempo en la cárcel, al salir, uno de los muchos problemas a los que se enfrenta es que no puede mirar al horizonte porque se marea. En la cárcel su horizonte se limita a unos cuantos metros tras los cuales se alza un muro que le impide ver más allá. Sus ojos se acostumbran a ese límite y, al salir, enfocar más lejos de esos metros es muy complicado y se hace muy costoso. A nosotros nos ha pasado algo parecido. Hemos estado acostumbrados, durante siglos, a mirar al limitado horizonte que nosotros mismos habíamos impuesto a nuestra Iglesia y, ahora, nos mareamos porque, al abrir la puerta, ese horizonte no tiene límite. Tenemos que entrenar nuestros ojos para ampliar la mirada.

Estamos en un momento en el que el miedo puede ser el mayor inconveniente y el mayor problema. No se trata de hacernos con unas gafas «de lejos», ni siquiera unas bifocales. Se trata de no dejar de mirar cuanto más lejos mejor porque, o nos lanzamos con la confianza en el Espíritu, o cuando nos decidamos a afrontar algunos cambios, se habrán quedado obsoletas hasta las soluciones.

El muro que limita la visión, en muchas ocasiones, lo levantamos nosotros y ya se sabe que la mayoría de las veces aquello que hacemos para, supuestamente, protegernos nos acaba aislando y nos hace perder la posibilidad de encontrarnos con los otros, de conocernos, de crecer como personas. ¿Merece la pena correr el riesgo de quedar atrapados, encerrados en el muro?

Sin miedo. Debemos tener completa libertad en el intercambio de ideas. Incluso aquellas que puedan parecer peligrosas deben ser escuchadas, porque de todo se puede llegar a sacar algo positivo si miramos más allá. Es necesario que aprendamos a cambiar el ruido ensordecedor por la calma del silencio que nos ayuda a pensar.

El reino de Dios no comienza desde la imposición, sino desde la propuesta que arranca desde abajo porque, no en vano, el Hijo de Dios se despojó de su rango, tomó la condición de esclavo, y pasó por uno de tantos (Flp 2,7). Seguir escuchándonos es esencial para derribar muros y ver el horizonte. La comunicación es esencial porque, en definitiva, lo más profundo de ella conduce a la comunión.



Desde el Aula sinodal

Jolanta Kafka

Misionera claretiana

Bastaría asomarnos por un momento al Aula Pablo VI en estos días y echar una ojeada para darnos cuenta de que algo «nuevo» está ocurriendo. Aquí, más de 400 personas reunidas en torno a 37 mesas redondas comparten todos los días el itinerario del proceso sinodal. Abandonando la tradicional disposición semicircular de los miembros del Sínodo en un aula, la secretaría del Sínodo ha preferido sentar a las madres y padres sinodales en torno a las mesas redondas. Alguien ha bromeado diciendo que de

«caminar juntos» hemos pasado a «sentarnos juntos». Vale la broma, pero hay algo más porque el Papa ha invitado a que, en este mes, la Iglesia realmente se detenga, ore, ahonde, converse y discierna. Más allá de lo funcional, hacerlo en torno a las mesas evoca muchas escenas y parábolas evangélicas que hablan de cercanía y cierta intimidad; de la gratuidad del encuentro donde miramos cara a cara, escuchar y rezar codeándonos con la diversidad en afecto. Todo esto es signo de una comunión más profunda que se teje. Esta

mesa de encuentro y conversación, «círculo menor», se convierte en taller de artesanía a la hora de trabajar los temas. Es donde más tiempo trascurrimos juntos.

¿FACILITANDO QUÉ?

Se me ha llamado a participar en el sínodo como facilitadora. Un regalo que ha resonado en mi ser claretiana con alegría y fuerza, como oportunidad de implicarme más, de vivir, recibir y poner un granito de arena en este tiempo de renovación eclesial. Los facilitadores somos un grupo de 37 hermanos y hermanas (laicos, sacerdotes, religiosos, mujeres y varones) donde la mayoría viene con la experiencia vivida de participar en procesos sinodales en las iglesias locales o asambleas continentales. ¿Se trata solo de una tarea delicada de facilitar el grupo? Lo más importante es sostener y cuidar los pasos de la metodología sinodal, animando y acompañando los círculos menores en la escucha mutua, en la conversación que tenga por protagonista al Espíritu, mirando la elaboración de los frutos en forma de contribución a la Asamblea plenaria. Aquí, en cada nuevo tema que se aborda, soy testigo del proceso de búsqueda compartida discerniente.

Se parte de un intercambio de lo que cada uno de los participantes (entre los diez u once miembros en cada mesa) ha preparado como aporte personal. A partir de la conversación desde la escucha profunda, orante y en comunión, descubrimos cómo el Espíritu nos mueve y qué resuena como llamada con la que rendir servicio al discernimiento en la Asamblea plenaria sinodal.

Todo esto supone una preparación y un compartir la propia contribución. Los espacios de escucha mutua se intercalan con momentos de silencio orante. En las rondas de conversación sucesivas se profundiza en

los contenidos para llegar a elaborar juntos el texto común. Se busca recoger las convergencias y también si ha habido divergencias en el proceso grupal. El fruto se confronta después en la escucha de toda la asamblea en la que las 35 mesas de círculos menores presentan sus contribuciones. ¡Estos largos ratos de escucha son delicia y ascesis!

PROCESOS QUE TRANSFORMAN

Cada mesa es ya en sí misma parábola del proceso sinodal, pues, aunque se trabaja por idiomas, hay una muestra de la diversidad geográfica, humana, vocacional y ministerial muy grande. Miro a la asamblea y contemplo cómo este mosaico de diversidad eclesial realiza el encuentro, aun cuando el resultado de sus conversaciones muchas veces lleva a consensos fraternos y, otras, a fraternos disensos.

El toque de oración eucarística, la *Lectio divina*, la oración sálmica animada por los monjes camaldulenses, nos recuerda que somos convocados a escuchar al Espíritu.

Siento que de esta manera se va creando una cultura de participación y escucha donde el Espíritu se manifiesta justamente en la sabiduría compartida; donde se armonizan experiencias de la Iglesia muy distintas: las teologías, las culturas y modos de vivir la pertenencia a ella, la vivencia femenina y masculina.

Como el método sinodal está en camino, no faltan espacios de evaluación entre los facilitadores para buscar los mejores modos de acompañar la Asamblea, sobre todo cuidando que las voces pequeñas se puedan sentir: voces de las minorías y de las periferias.

Un punto importantísimo es que todo ello es ya una práctica sinodal que toca la vida de cada persona presente en el Sínodo. No deja indiferente a nadie. Se oyen frases como



esta: «Ahora comprendo que lo que pasa en nuestra mesa, pasa en mi diócesis, en mi parroquia, en mi comunidad, ... estoy aprendiendo en qué consiste la llamada a la conversión en el misterio de la evangelización y en el ejercicio de gobierno en nuestras iglesias locales».

Me gusta mucho la valiosa contribución de quienes llamamos delegados fraternos, que son hermanos de las iglesias cristianas que participan en las conversaciones y discernimientos, aunque no en la votación definitiva.

Me gusta la presencia de jóvenes en el Sínodo, porque no solamente aportan al método una visión de las jóvenes generaciones, sino también el diálogo intergeneracional. Nos recuerdan la realidad de los creyentes que no participan en la vida de la Iglesia, los adultos ausentes, también el mundo digital que pide un impulso evangelizador nuevo en la Iglesia.

Como para otros participantes, la Asamblea es para mí un don inmenso, una inmersión en la realidad eclesial sin precedentes. En un espacio común, puedo tocar las angustias de la Iglesia perseguida, sentir con las Iglesias en territorio de guerra; regocijarme de los crecimientos en algunas zonas, visionar horizontes nuevos en medio de la crisis... en todo, preguntarme cómo renovar la fuerza y la centralidad de Cristo en la misión de la Iglesia, retornando a las grandes inspiraciones del Vaticano II, redescubrir la vocación y dignidad del pueblo de Dios, de cada discípulo de Jesús que en la fe encuentra luz para la vida, impulso evangelizador, lazo de comunión.

Me pregunto: ¿Seremos con el Sínodo una Iglesia más pobre con los pobres? ¿Será la Iglesia un espacio realmente más inclusivo para todos?

Hay motivos para seguir esperando. **VR**



Amnesia y anamnesis: El *yin* y el *yang* para una vida de consagración

«Amnesia y anamnesis no son realmente “problemas” que deban resolverse eligiendo una en lugar de la otra, sino polaridades cuyas gracias debemos cosechar con inteligencia. Esto vale para toda la vida cristiana; y vale especialmente para la vida consagrada, que está llamada a ser una “terapia espiritual” para la humanidad»

Paulson Veliyannoor, cmf

(Director, Instituto de Vida Consagrada - Sanyasa, Bengaluru, India)

Diaro de un cura rural es un clásico intemporal de Georges Bernanos. Ambientada en Ambricourt, en el norte de Francia, la novela capta gráficamente la agitación física, psicológica y espiritual de un sencillo cura rural que trabaja, a menudo sin recompensa, para atender las necesidades espirituales de sus indiferentes feligreses. Es en su diario donde vuelca su angustia. En una de sus últimas entradas antes de morir, el sacerdote escribe así con la lucidez que suele preceder a la muerte:

«Todo ha terminado ya. La especie de desconfianza que tenía de mí, de mi persona, acaba de disiparse, creo que para siempre. La lucha ha terminado. No la comprendo ya. Me he reconciliado conmigo mismo, con este despojo que soy. Odiarse es más fácil de lo que se cree. La gracia es olvidarse»¹.

«La gracia es olvidarse». La verdadera gracia es olvidarse, no solo de uno mismo, sino también de otras cosas. Solemos privilegiar la anamnesis, el recuerdo. No hay mandamiento más obedecido en todo el mundo que aquel que decía: «Haced esto en conmemoración mía» (Lc 22,19b)². La gracia es recordar; y recordar con gratitud. ¿No es el olvido lo contrario del recuerdo, un acto ingrato, prueba de falta de amor y respeto? ¿Podría ser la amnesia una bendición como lo es la anamnesis?

Tal vez, como en la mayoría de las cosas de la vida, aquí no haya dicotomía. Amnesia y anamnesis no son realmente «problemas» que deban resolverse eligiendo una en lugar de la otra, sino polaridades cuyas gracias debemos cosechar con inteligencia. Como el *yin* y *yang* de la filosofía china. La auténtica anamnesis necesita tanto de la auténtica amnesia como a la inversa. Esto vale para toda la vida cristiana; y vale especialmente para la vida consagrada, que está llamada a

ser una «terapia espiritual» para la humanidad (*Vita consecrata* 87); y muy especialmente cuando la misma vida consagrada está jadeante de actualidad. Me explico.

Estar demasiado consciente no es un signo de salud; de hecho, puede ser un signo de enfermedad. La verdadera salud exige cierto olvido. Cuando tengo dolor de cabeza, estoy preocupado por mi cabeza; no puedo dejar de pensar en mi cabeza. Cuando estoy sano de la cabeza, apenas pienso en ella, pero la utilizo perfectamente. Lo mismo ocurre con cualquier parte de mi cuerpo. Estoy obsesionado con esa parte del cuerpo cuando está enferma; pero me olvido de ella y, sin embargo, le doy un buen uso, cuando está sana y funcional.

Así ocurre con las realidades psicológicas. Si el mundo está obsesionado con el sexo o las riquezas o la fama o las redes sociales, hay algo seriamente equivocado con la madurez en cada una de esas áreas. Cuando estoy sano en esas áreas, simplemente me «olvido» de ellas, pero las disfruto sin aferrarme, con la libertad de dejarlas ir cuando no es necesario. También puedo aferrarme al pasado, negándome a dejar morir el recuerdo, haciendo de él un ídolo y convirtiéndome en una columna de sal, como en el caso de la mujer de Lot (cf. Gn 19,26). ¡Cuántas veces nos negamos a perdonar los pecados y vergüenzas del pasado, incluso después de que Dios los haya perdonado en el sacramento de la reconciliación! También podemos aferrarnos a los dulces recuerdos del pasado, negándonos a dejarlos ir y haciendo en ellos tres cabañas para morar, como quería Pedro en el monte Tabor (cf. Mc 9,5). Nos aferramos a esa anamnesis que no da vida, sino que solo sirve a nuestros fines narcisistas.

Esta amnesia también es necesaria para unas relaciones interpersonales sanas. Ima-

ginemos a un niño al que le aterroriza desprenderse de su madre y da vueltas a su alrededor como un satélite. Esto también ocurre con algunas madres inseguras: nunca pueden desprenderse de sus hijos. Esa dependencia mutua es enfermedad, no amor. Un bebé sano, a medida que madura, puede simplemente «olvidar» a los padres y adentrarse en un horizonte más amplio, explorando el mundo ahí fuera. Los padres sanos animarían a su hijo a «ir, vivir y llegar a ser»³. Sin embargo, esta «amnesia» es posible gracias a la anamnesis asegurada en lo más profundo del amor genuino del otro.

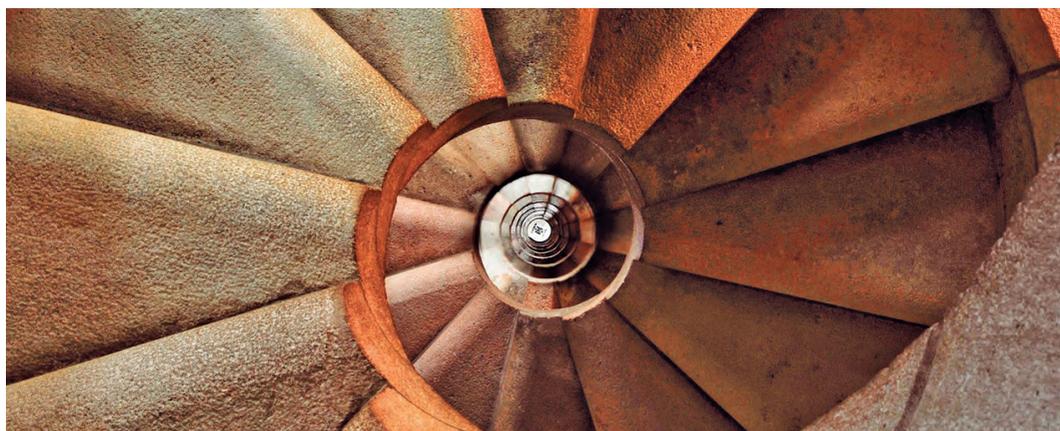
Tal amnesia tiene también su importancia en la vida interior del espíritu. Esta amnesia no es forzada ni violenta. Facilitamos esta «santa amnesia» negándonos a aferrarnos a nada ni a nadie; simplemente les dejamos ser. Cuando estoy verdaderamente sano en mí mismo, hay una «insoportable levedad del ser»—tomando prestado el famoso título del libro de Milan Kundera— que simplemente me permite olvidar mi propio yo y dejarlo caer y morir. Cuando Jesús nos advierte de que «si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda uno solo; pero si muere, da mucho fruto» (Jn 12,24), no está abogando por el asesinato violento del yo, sino por un suave dejarse ir, una suave actitud amnésica hacia uno mismo.

Cuando san Pablo decía: «Una cosa hago: olvidando lo que queda atrás y esforzándome por lo que está delante, prosigo hacia la meta, al premio de la celestial llamada de Dios en Cristo Jesús» (Flp 3,13-14), ¿no se refería a la necesaria amnesia que es una condición *sine qua non* para una auténtica anamnesis? San Gregorio de Nisa llamaría a esto *epēktasis* (ἐπέκτασις), una vida incesante de perfección que se desprende de lo que queda atrás y se atreve a explorar terrenos inexplorados por delante, confiando en Dios.

Esto también puede llevar a una pregunta aparentemente blasfema: ¿Qué pasa con una persona que se niega a «olvidar» a Dios y se aferra a Él día y noche? ¿Podría ser un signo de enfermedad espiritual más que de salud? ¿Qué quiso decir Jesús cuando se lo prohibió a María Magdalena diciéndole: «no me retengas» (cf. Jn 20,17)? Tal vez sea un signo de salud espiritual desprenderse de Dios, de nuestras propias nociones case-ras y compulsivas sobre Él, y dejar que Dios sea Dios. ¿No es esta la verdadera pobreza espiritual de la que hablaba Meister Eckhart, en su célebre sermón n° 87, en el que nos invita a practicar la auténtica pobreza no deseando siquiera hacer la Voluntad de Dios? No es de extrañar que la experiencia de la noche oscura en la que «perdemos» a Dios sea un rito de paso necesario hacia una anamnesis más profunda de Dios; no una anamnesis compulsiva o neurótica, sino auténtica y liberadora.

¿Qué lugar ocupa la vida consagrada en todo esto? Llamados a ser una «terapia espiritual» para el mundo, los consagrados deben modelar para el mundo esa santa amnesia al servicio de la santa anamnesis. Los consejos evangélicos son una invitación a practicar esta amnesia: la pobreza que nos invita a desprendernos de nuestra obsesión por todo lo que no es Dios y a valorar solo a Dios; la castidad que nos invita a ser amnésicos de todos los amores menores saturados de narcisismo en aras de una caridad más profunda que nos permita entregar nuestro cuerpo en clave eucarística; la obediencia que facilita la amnesia de la propia voluntad en aras de la anamnesis de dejar que Dios haga lo que quiera, sin desear siquiera lo que quisiéramos que hiciera en nosotros.

La santa amnesia exige también dejar atrás los modos de hacer del pasado y abrirse a las nuevas llamadas del Espíritu Santo. Lo



que el papa Francisco ha enumerado como diversas tentaciones a las que se enfrentan los agentes pastorales, incluido el clericalismo (*Evangelii gaudium* 76-109), son expresiones de la falta de voluntad para practicar esta amnesia. ¡Cuánto nos ha inquietado a muchos la sola mención de la sinodalidad, una nueva forma de ser Iglesia! Y, ¡cómo los religiosos se niegan a abandonar las posiciones o ministerios mantenidos durante mucho tiempo, y las congregaciones luchan por no abandonar ciertas misiones y apostolados, porque «así es como siempre los hemos hecho»! Preferimos permanecer anclados sin vida en el pasado, con una idolatría de la herencia nostálgica, ¡negándonos a enfrentarnos a Dios, el siempre nuevo! Como comenta el teólogo John Haught, Dios no nos llama desde atrás, ni desde arriba, sino desde delante de nosotros⁴. Esto no significa que abandonemos todo lo que es del pasado, sino que llevemos adelante la anamnesis de las semillas del pasado que nos darán vida en el futuro, sembrándolas en la promesa de Dios que hace nuevas todas las cosas. La anamnesis no es solo de los elementos sanos del pasado, sino que es también una anamnesis del futuro que nos llama. Lo que tenemos que practicar es la anamnesis de la *epektasis*.

Cosechar las polaridades de la amnesia y la anamnesis también es fundamental, ya que la vida consagrada está pasando por un largo parto para dar a luz algo nuevo que nos entusiasma incluso cuando nos aterroriza. Sin embargo, es el Espíritu el que impregna a la Iglesia para que nazca una vida nueva, lo que exige la muerte y la amnesia de las formas y figuras pasadas. Nos resistimos al Espíritu por nuestra cuenta y riesgo. La metodología del Sínodo sobre la sinodalidad puede servirnos de modelo para acoger lo nuevo con una apertura perspicaz, para practicar la amnesia allí donde el Espíritu nos llame y para honrar la anamnesis de todo aquello a lo que el Espíritu nos invite, escuchándonos unos a otros a lo largo de este apasionante viaje hacia el futuro que Dios reserva a la vida consagrada.

La verdadera gracia es olvidar.

Por una anamnesis que hidrate el *corpus* de la vida consagrada. **VR**

- 1 GEORGES BERNANOS, *Diario de un cura rural*, traducido por Jesús Ruiz, Titivillus, 1936.
- 2 GREGORY DIX, *La forma de la liturgia*, Barcelona: Centro de Pastoral Litúrgica, 2017 (1945).
- 3 Título de la película francesa *Va, vis et deviens* (2005).
- 4 JOHN HAUGHT, *Resting on the Future: Catholic Theology for an Unfinished Universe*, NY: Bloomsbury, 2015.



Desdoblamientos

Dolores Aleixandre

SGDO. CORAZÓN DE JESÚS

En la escena de la mujer que ungió a Jesús en casa del fariseo (Lc 7,36-49) siempre me llama la atención un detalle incongruente del texto: «Entonces Jesús, volviéndose hacia la mujer, dijo a Simón...». Vamos a ver: si los dos estaban reclinados a la mesa y la mujer estaba situada a sus pies ¿no es una postura rara la de dirigirse al fariseo que está enfrente girado hacia la mujer que está detrás? Me atrevo a pensar que con ese gesto corporal, estaba expresando «de parte de quién» estaba y que aquella mujer, derretida de agradecimiento, le tenía ganado el corazón. Así que, aunque por fuera se dirigía a Simón, por dentro estaba vuelto hacia ella.

No es la única vez que un texto bíblico hace alusión a este desdoblamiento, por ejemplo este verso del Salmo 66: «A él gritó mi boca pero, bajo mi lengua, lo ensalzaba». Por debajo del gri-

to de protesta, el orante se reconoce rendido ante el Señor y capaz de bendecirle. Creo que en la vida consagrada poseemos ciertas destrezas en esto del desdoblamiento porque, por un lado, nos adaptamos a normas, reglas, costumbres y tradiciones y, aunque entendemos su necesidad para que funcione medianamente el grupo, a veces esa adaptación es solo externa y nuestro interior va por otro lado. Un ejemplo extremo: a mi maestra de novicias le daban miedo las tormentas y decidió que las noches de verano no podíamos abrir las persianas de las celdas. Me plegué a la norma, qué remedio, pero convencida por dentro de su absurdidad, solucionando mi desdoblamiento con el recurso mágico de: venga-Señor,-por-ti-lo-que-sea, algo que entonces incluía las manías de algunas superiores que hoy deben andarse con mucho cuidado para no escorarse hacia el abuso de poder.

No voy a entrar en disquisiciones sobre la obediencia de juicio, solo quiero poner el acento en la importancia de cuidar nuestro interior y ser más conscientes de hacia dónde lo tenemos inclinado: si «se nos va» hacia quienes están siempre en situación de desventaja, hacia esos hombres y mujeres invisibles que habitan el revés del mundo, que han trabajado de noche para que los contenedores de basura de la calle estén vacíos; se han levantado al amanecer para conducir el bus que esperamos; llevan ya horas amasando el pan que está en nuestro desayuno; han descargado camiones de madrugada para que haya en nuestra mesa hortalizas y frutas que otras manos han recogido con sueldos precarios en los invernaderos.

Si este colectivo numeroso que aún somos estuviéramos decididamente «de su parte», muchas cosas cambiarían y nuestros desdoblamientos irían en la dirección del Reino.

RETIRO MENSUAL

9 DISCÍPULOS GESTANTES I
TIEMPO DE ADVIENTO

MIGUEL TOMBILLA, CMF

DISCÍPULOS GESTANTES I TIEMPO DE ADVIENTO

Llega un tiempo hermoso de gestación, el ciclo de Adviento y Navidad. Por ello quisiera dedicar los dos últimos retiros del año a hacer un recorrido narrativo que pueda dar pequeñas pistas que nos ayuden a vivir desde la esperanza. Tomando las lecturas de distintos ciclos os propongo un camino por algunos rasgos de estos tiempos litúrgicos.

«Estad atentos»

El Adviento debuta a veces con estas palabras del Señor Jesús: «Estad atentos».

No es una frase en tono de amenaza. Es, más bien, una invitación a que nos fijemos en las personas y las realidades que nos suelen pasar desapercibidas.

Los sentidos son selectivos, son permeables solo a una pequeña parte de los estímulos exteriores e interiores. Y más en un momento como el actual en el que estamos hiper estimulados por el bombardeo al que estamos sometidos por diversos canales.

El Adviento no es solo tiempo de espera (la encarnación ya nos fue dada de una vez para siempre, ahora traspasada de eternidad en el Resucitado), sino que también es un momento para seleccionar lo que llega a nuestros sentidos. Percibir lo pequeño, lo ignorado o lo invisible en lo cotidiano.

La encarnación de Dios no fue un hecho deslumbrante que atrajo el foco de atención de todo el pueblo de Israel. Fue un nacimiento sin aspavientos. Hubo signos, pero solo fueron percibidos por unos pastores y unos Magos venidos de lejos, física y culturalmente. Esos signos estaban puestos ahí para todos, pero solo unos pocos supieron interpretarlos. Supieron ver en lo cotidiano la fuerza de una carne como la nuestra, rebosante de divinidad.

En lo yermo de la vida se dan signos de esperanza. Para la mayoría del pueblo que anhelaba la venida del Mesías nada cambió después del nacimiento de Jesús. Solo unos pocos tuvieron la dicha de saber verlo. Para el resto, la vida continuó siendo igual: los mismos sinsabores, las mismas pequeñas esperanzas, lo mismo.

Pero, a pesar de todo, la fragilidad se fue haciendo camino hasta culminar en la mayor fragilidad: la cruz y su execrable vivencia (entiéndase bien lo de *execrable*: «condenar y maldecir con autoridad sacerdotal o en nombre de cosas sagradas», según nos dice la RAE).

Pero, a pesar de todo (otra vez), algunos tuvieron la suerte de saberlo ver. La debilidad del nacimiento, la debilidad de la vida, la debilidad de la cruz, la debilidad de la resurrección... en Jesús se hizo fuerza.

El Adviento es también para nosotros una búsqueda, el ejercicio gratuito de fijarse en los pequeños signos encarnativos que nos devuelven la imagen de Dios, plasmado (semillas del Verbo) en tantas personas y acontecimientos diarios. Seguro que no está en lo espectacular que embota nuestros sentidos. Probablemente se encuentre en lo diminuto de la rutina, fuera y dentro de nosotros mismos.

Esperando

Esperar es otro de los verbos que nos salen al paso en los advientos que vamos viviendo. Esperar lo que ya hemos gustado en tantas ocasiones pero que, a veces, se nos queda en el olvido de lo urgente. La espera sigue siendo una actitud imprescindible aquí y quizás ahora más que otras veces...

Esperamos en un tiempo de múltiples crisis (climática, bélica, de sentido...) lo que ya nos fue dado, pero que queremos ver renovado a cada instante. Esperamos con menos cosas y eso nos hace más débiles, pero más libres en la aceptación de nuestros límites.

Esperamos junto a otros que ya no tienen esperanza, porque los seres humanos (también nosotros) los defraudamos con nuestro escepticismo y con nuestro mirar hacia otro lado.

Esperamos que los sueños se sigan dando y que en ellos podamos seguir hermo-seando la realidad.

Esperamos que el pan de cada día sea una realidad para millones de personas que no lo tienen, y nos empeñamos en regalarlo, no las migajas que caen de nuestra mesa, sino trozos generosos y colmados («Porque la medida que uséis la usarán con vosotros»).

Esperamos al lado de muchos seres humanos que están empeñados, por gracia, en hacer pequeños dones de justicia en su entorno.

Esperamos seguir conservando la sonrisa cuando algunos nos dicen que los payasos se mueren como todos y que no siempre logran hacer reír. Esperamos que los que juegan con la vida de muchos seres humanos, haciendo bailar números fríos o

arrancando hogares (que son de ellos, aunque no los puedan pagar), tengan que suplicar el dedo mojado en agua a tantos Lázarus escarnecidos y ninguneados.

Esperamos que las fronteras no sean excusas egoístas de falsa protección, estu-pidez burocrática de tristes «salvapatrias».

Esperamos que el altar siga siendo mesa abierta donde no se exige la pureza que encubre la bajeza de creerse superior. Sino acogida incondicional, como incondicional es el amor que brota de lo alto.

Esperamos en nuestra carne débil y hermosa, atravesada por los agujones del pecado, que nos hacen más humanos. En la carne que es también carne de Dios.

Esperamos los cielos nuevos y la tierra nueva, todo: cielos y tierra unidos para siempre en la carne del Hijo que ya está resucitada y que es resucitadora.

Esperamos que el buey y la mula nos sigan alegrando con su calor en estos fríos de invierno vital, que a veces nos hiela la esperanza.

Esperamos que María siga diciendo «Sí» aunque no entienda, aunque en su confusión tiemble, aunque el ángel extraño le parezca demasiado divino, aunque sepa que el hijo de sus entrañas le va a traer muchos problemas, aunque su vida ya no sea jamás normal.

Esperamos que los sueños se sigan dando para poder hermo-sear en ellos la realidad

Esperamos, al fin y al cabo, en el Dios-con-nosotros (*Emmanuel*) que continúa apostando por ser uno de nosotros y que, con gracia infinita, sigue destilándose en el

rocío y brotando de la tierra generosa que fue hecha para todos.

Gaudete o la alegría rosa

El tercer domingo de Adviento es el *Gaudete*, el domingo de la alegría. Ya muy próximo el nacimiento del Mesías, del Esperado de los tiempos, la sonrisa habita nuestro rostro y la liturgia se viste de fiesta.

La desnudez pequeña, de los pequeños, nos lleva de la mano a Belén

Es el mayor testimonio: «Estad alegres en el Señor; os lo repito: estad alegres», nos dice san Pablo.

Una alegría profunda que es antídoto contra el pesimismo. Rostro recién lavado y promesa cumplida, fundamento y casa común construida sobre roca. Bienaventuranza y regalo, tesoro encontrado y seguimiento generoso.

Hoy el sacerdote se viste con una casulla rosa. Ese color representa la fiesta, abandonar un día el morado penitencial de todo el Adviento para reencontrarse (ojalá para siempre) con lo diverso y excesivo, con lo que nos saca de nosotros mismos. Es solo un color, pero llena todo con su fragancia distinta. Sin palabras pronuncia despacio y profundamente: A-L-E-G-R-Í-A. Y lo hace de una vez para siempre, con la seguridad difusa del silencio elocuente, de la vista sorprendida, de lo inesperado feliz.

También Jesús en el Evangelio nos alegra con una de sus desproporciones hermosas y desconcertantes: «Os aseguro que no ha nacido de mujer uno más grande que Juan,

el Bautista; aunque el más pequeño en el reino de los cielos es más grande que él».

Nosotros nos quedamos boquiabiertos y con un cosquilleo extraño en el alma, saboreando la amargura dulce de esta afirmación fuera de lugar, literalmente «utópica». La hermosura de la utopía de unos pequeños-enormes, en la que nos contemplamos a nosotros mismos y a nuestras fachadas de pretendida grandeza, habitualmente disimulada por una mal aprendida «pseudo-humildad».

En esta contemplación nos encontramos con lo más pequeño de lo que somos y solemos esconder a los ojos de los demás por la vergüenza original (pecado) de sabernos desnudos y vulnerables. Esta pequeñez tan grande se muestra y pide que la dejemos ser ella misma, porque la desnudez es fragilidad, pero también verdad y milagro de oír, ver, sanarse, resucitar y anuncio de una alegría también desproporcionada.

La desnudez pequeña, de los pequeños, nos lleva de la mano a un Belén en el que todo es diminuto y débil, en el que los signos son silencio de estrellas y susurros de ángeles. Un Dios nacido y que vuelve sus ojos sorprendidos, casi cerrados, hacia este tiempo y hacia este espacio, hacia las limitaciones desconcertantes, pero bellas, de la vida de aquí. Y el aquí ya es allá y la boquita se le llena de una sonrisa pequeña pero inmensa, eterna, que para siempre ya forma parte de nuestras vidas, desproporcionadamente.

Bendita desproporción...

Dos venidas

Entre las dos venidas, la de la encarnación y la final del Señor Jesús, en la que no habrá ya más lágrimas ni dolor, nos situamos nosotros.

No es solo un tiempo de espera, el Mesías ya ha venido en la historia. Sino que es un tiempo preñado de esperanza. Una esperanza que hace que levantemos la cabeza de nuestro propio ombligo para dirigir la vida y la mirada hacia el más allá cercano que nos rodea. No al más allá del futuro en Dios (ese ya está asegurado desde el amor), sino a ese más allá de los «acás» frágiles que nos hablan de las transparencias de Dios y de la sutileza de su presencia.

El Adviento es el tiempo de percibir lo pequeño de Belén (también de los años de Nazaret) que se va desplegando, casi imperceptiblemente, ante nuestros ojos, a veces cansados, o ante nuestras manos necesitadas de asir lo infinito en lo limitado de nuestra realidad. Pero un percibir discreto de un Dios también discreto; un Dios hecho carne limitada como la nuestra; un Dios que vivió (y vive) todo lo que nosotros, de una u otra manera, experimentamos en esta belleza, a veces amarga, de los días y las horas.

En la discreción de revelarse, en mostrarse, encontramos el sentido de nuestras propias revelaciones (de lo que somos), también incompletas. Es un Dios que se autolimita en lo infinito del amor, en los márgenes de la vida, en los espacios en los que parece que las ausencias son lo único que puede existir.

Es tiempo de Adviento, de «Todo-misericordioso» accesible, de esperanza encarnada, de gozo pre gustado (término procedente del latín *praegustare*, que significa, según la RAE, «Hacer la salva de reyes y grandes señores») al gran Señor que es un niño acostado en un pesebre.

El sueño de José

Es otra gran figura del Adviento. José era un hombre justo. De una justicia extraña que

se da la mano con la misericordia, muy distinta a esa otra «justicia» que busca solo el resarcimiento. Una justicia que no es rigidez, sino capacidad de ver más allá de lo esperado: de la condena, de la acusación pública. Decide repudiar a María en secreto porque sabe que ese hijo no proviene de él, que no es carne de su carne y que es fruto de un más que previsible engaño. A pesar de todo no quiere hacerlo público. Y con esta determinación amarga, José se duerme.

En el sueño se le aparece un ángel que le lleva por lugares poco transitados y creíbles: Espíritu Santo, Emmanuel, Dios-con-nosotros, profecía...

José, como Jacob, debió de pedir explicaciones al ángel; probablemente, luchó un rato con él entre el aleteo de plumas y el roce de lo onírico. El ángel, quizás, se quedó callado y guardó las palabras para más adelante, para el día maldito que hará correr sangre de inocentes y anuncio de salvación como refugiados, en tierra extranjera.

En la discreción de revelarse, encontramos el sentido de nuestras revelaciones

José, con los ojos todavía pesados y el corazón estremecido, comenzaría a despejar su cuerpo y su espíritu, intentando dar crédito a las palabras soñadas, al encuentro con lo distinto que no puede ser uno mismo. Y viendo a María y a su vientre, tuvo que creer al ángel porque pudo saber, como saben los que pueden ver lo diferente, que ese niño era Dios-con-nosotros; que esa mujer, medio niña, era la madre del Espera-

do. Y que él era el justo que renunció a la condena por un sueño de alas y de susurros. Bendito Justo.

Viniendo en y hacia la carne

El Adviento es venir, deambular, llegar. Es paso en el camino hacia un hogar de carne.

Es salir al encuentro de la carne temblorosa de Dios. No podemos esperar parados. No podemos quedarnos quietos en nuestros hogares sobreprotegidos e interconectados con nuestros centros de interés en bucle.

Adviento es ir hacia el que llega, porque lo hace en un lugar donde solo habitan los animales y allí no solemos (ni queremos) estar. Es ponerse los zapatos y salir; abrir los ojos y ver lo escondido que está presente. Es buscar los signos que se suelen acurrucar en las encrucijadas, o en portales poco iluminados, o en calles llenas de gente, pero vacías de cariño y de cuidados.

El que llega espera que lo salgamos a buscar. Que prestemos oídos a los pequeños ángeles que siguen diciendo, machaconamente, a tantos sordos, que la utopía está viva, aunque la encierren con mil candados.

El Adviento es paso en el camino hacia un hogar de carne

Ángeles de hoja de árbol o de pájaro tímido de ciudad, o de manos en los bolsillos vacíos, o de niños que nos ayudan a creer. Unos ángeles de Glorias pequeños y susurrados que no alborotan, sino que insisten sonriendo con los labios llenos de sueños.

Normalmente no les creemos porque están demasiado cerca de los que nada pueden o nada tienen. Porque nos recuerdan a una edad que ni siquiera nos atrevemos a rememorar. Ángeles niños o ángeles ancianos, que son libros con muy pocas páginas o con las hojas a punto de resquebrajarse.

Ellos nos dicen, tímidamente, que salgamos. Que vayamos al encuentro del que vino, viene y ha de venir a un pesebre. Maravillosa locura que abraza y consuela.

No era él... entre Juan el que bautiza y Jesús

No era él. Aunque bautizase, lo hacía solo con agua. Le faltaba la fuerza del viento y de la llama y del susurro.

No era él, aunque llamase a la conversión. Le faltaba el anuncio de la alegría, del hacer todas las cosas nuevas, de la pequeña colina en la que se anunciaron los «dichosos» que trastocan la realidad de los poderosos.

No era él, aunque fuese la austeridad de la piel de camello y del alimento de saltamontes. Le faltaba la generosidad del banquete desbordado de misericordia con los que no podían esperar ya nada.

No era él, aunque viviese en el desierto esperando a que viniesen a su encuentro. Le faltaba salir a los cruces de caminos, buscar la oveja perdida abandonando la seguridad del aprisco, dejarse lavar los pies por el pecado y lavar él los pies de la humanidad herida.

No era él, como tampoco somos nosotros. Solo anuncios equívocos de una encarnación que entró en la historia y a la que no somos dignos de desatarle las correas de las sandalias.

Pero Él, que vino y viene, sigue decidido a que le lavemos y nos dejemos lavar.

Simeón y Ana

Los dos en el templo, esperando lo prometido ya casi olvidado; lo que debía llegar porque venía de Dios y Él siempre cumple sus promesas. Dos seres humanos ya con años a sus espaldas, pero con el alma todavía anhelante de novedad, de sorpresa, de dejarse hacer; aunque parezca que ya está todo hecho.

Ana y Simeón, soñando por separado el mismo sueño, sin saber que, en el mismo día, en el lugar donde creían que habitaba Dios (con Jesús veremos que solo estaba allí pretendidamente encerrado para un solo pueblo, para una sola clase que se podía acercar), se iban a encontrar con la salvación.

De la mano de un niño que había nacido hacía muy poco en lo escondido y que era llevado por sus padres para cumplir una tradición de intercambio y mercadeo con Dios (algo que su Hijo rechazará más adelante en ese mismo Templo).

Cuál es su sorpresa cuando los dos profetas aparecen y les cuentan que ese bebé es especial (ellos ya lo sabían), pero no solo eso. También les anuncian que ese niño va a cumplir los sueños de una humanidad que espera el cumplimiento de las promesas de un Dios que siempre cumple (ellos solo lo intuían).

También, que ese niño va a ser bandera discutida, que va a descubrir a muchos lobos vestidos de corderos que solo se quieren aprovechar de un pobre rebaño siempre diezmado. Que, a ella, a su madre, un puñal le va a atravesar el corazón cuando vea a su bebé (para una madre siempre lo seguirá siendo) perseguido por ser puro amor.

El amor, el de ahora, el de madre recién estrenada, siente la primera punzada, intensa, de un amor amado, derramado ya desde el comienzo. Tan hermoso y doloroso al mismo tiempo. Tan de sonrisa con lágrimas en los

ojos. . . Como la de Simeón cuando dice con los labios del alma, al Dios de los sueños, que ahora puede morir en paz, porque sus ojos ya han visto todo lo que anhelaban.

**Juan es como nosotros,
solo agua. El Espíritu
no es propiedad de nadie**

Allanad sus senderos

Como vimos, Juan no es el que tenía que venir, no es la luz, ni el fuego, ni el Espíritu. Pero sí que es el encargado de preparar los caminos y de allanar los senderos para su llegada.

Él es hombre de desierto, de la soledad poblada de Dios en medio de la nada. También está urgido porque sabe que el Reino está por llegar, por eso habla de hachas, de bieldos y piedras que pueden ser hijos de Abraham, si Dios así lo quisiese.

Pero Juan solo es agua. El más grande de los nacidos de mujer, pero el más pequeño en el Reino. Pertenece a la historia primera, a aquellos hombres y mujeres que oteaban el horizonte para leer los signos del Mesías que tenía que plantar su tienda entre nosotros.

Juan tuvo la dicha de conocerlo, de bautizar al autor del bautismo, de convivir con Él. Pero incluso en la cárcel dudó de que fuese Él y mandó a los suyos a preguntar si había que seguir esperando o era Él el Mesías.

Juan es como nosotros, solo agua. El Espíritu no nos pertenece, en realidad no es propiedad de nadie. En nuestro ser agua a veces nos arrogamos el papel del Espíritu y del fue-

go. Incluso forzamos los tiempos de Dios para meterlos en nuestros pequeños relojes. Les decimos a los seres humanos que hachas y bieldos están muy cerca y nos olvidamos de que el dueño de la mies es paciente. Nos convertimos en caminos y no en simples zapadores, que es nuestro papel.

Nuestras prisas no son sus prisas. Nuestros proyectos no son los suyos. Nuestra vehemencia le es ajena. Sigue prefiriendo establos a palacios y cañas cascadas a hierros firmes pero inflexibles.

Allanemos caminos y no levantemos murallas de imposibles morales e inmisericordes, de grandes proyectos que, a veces, solo esconden nuestras ganas de ser Espíritu, olvidando que solo somos agua.

Espíritu Santo

Muchas veces nos pasa desapercibido el Espíritu y en este tiempo de Adviento, también. Es lógico, porque una de sus características es la de pasar desapercibido, brisa suave que no hace alardes ni sobreactúa.

Pero en Adviento aparece en distintos momentos, como es lógico (dentro de la ilógica del Reino), porque es artífice de momentos de Dios.

Lo vimos en la Anunciación, como sombra que cubre sin violentar, como una ola suave, como llovizna. Lo vemos en el anuncio del Bautista, como promesa cierta que se regala en agua generosa y que se convierte en compañero de camino para siempre. Lo veremos en Belén, entre estrellas, ovejas y sonrisas de

pastores, de Magos y de padres que no se acaban de creer que ese niño pueda ser el Dios de Abraham, Isaac y Jacob.

Y si nos fijamos bien en las sutilezas de lo cotidiano, lo podremos intuir en personas, acontecimientos, perdones, niños, pájaros que nos sorprenden con una visita fugaz y, sobre todo, en esos pequeños de los que habla Jesús, a los que les pertenece la bienaventuranza del Reino.

Dichosa tú

Al final del tiempo de Adviento, a las puertas de Belén, se dibujan los previos al recién nacido. Isabel, la mujer infértil que recibe el gran regalo de la vida, cuando ya casi todo estaba perdido. María, la mujer que antepone los caminos a su propia comodidad (ella siempre poniendo por delante el olvido de sí misma). Y, sobre todo, el Espíritu, que llena de gozo el vientre de las madres y hace que los saludos se conviertan en bienaventuranzas. Que la ingravidez del líquido amniótico sea salto de alegría y de reconocimiento del Salvador que ya inició el camino sin retorno de nuestra carne.

Encuentros de gozo que hace posible el Espíritu, empecinado en hacer que lo estéril sea plenamente fértil y que el cielo llueva su justicia para que la tierra haga germinar al Salvador, al Dios-con-nosotros.

Dichosos nosotros que, después de mucho tiempo, podemos rozar con las yemas del alma y del cuerpo toda la belleza de un nacimiento que sigue construyendo la dicha sin aspavientos.

Preguntas para el diálogo comunitario:

- ¿Con qué rasgo del Adviento te quedarías?
- ¿Cuál crees que falta?

- ¿Qué necesitamos para ser hombres y mujeres de esperanza?



Al paso del Espíritu

José Tolentino de Mendonça

CARD.- ARZOBISPO. PREFECTO DEL DICASTERIO PARA LA CULTURA Y LA EDUCACIÓN

En la apertura del Sínodo, escuchamos al papa Francisco decir que el Espíritu Santo era el protagonista de ese importante momento eclesial. De hecho, no podemos entender las características de la Iglesia sinodal sin vincularlas al autor de todos los dones: el Espíritu Santo. La Iglesia existe porque existe el Espíritu Santo. En su conjunto, tiene una naturaleza pneumatológica: es una obra generadora del Espíritu. Él aparece primero como una promesa en las palabras de Jesús: «El Paráclito, el Espíritu Santo, que enviará el Padre en mi nombre, será quien os lo enseñe todo y os vaya recordando todo lo que os he dicho» (Jn 14,26). Y luego, en el acontecimiento de Pentecostés, como efusión, podemos ver que existe una sincronización ontológica entre la venida del Espíritu Santo y el nacimiento y la actividad de la Iglesia. Esta

sincronización se descompone en tres momentos. En primer lugar, la recepción: «Se llenaron todos de Espíritu Santo y empezaron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu les concedía manifestarse» (Hch 2,4). A continuación, la habilitación para ser testigos y misioneros del kerigma cristiano: «A este Jesús lo resucitó Dios, de lo cual todos nosotros somos testigos» (Hch 2,32). En tercer lugar, la habilitación para construir la Iglesia como profecía de comunión: «Los creyentes vivían todos unidos y tenían todo en común» (Hch 2,44.46).

Tenemos que reconocer que la Iglesia del siglo XXI sigue siendo una historia impulsada por el Espíritu Santo. Su presencia es reconocible, está ganando visibilidad histórica, tiene un rumor que provoca asombro, alegría y esperanza. Y lo cierto es que el Espíritu Santo no cesa de interpelar a la Iglesia. No solo es sincrónico; es decir, no lle-

ga necesariamente al mismo tiempo que la Iglesia, sino que a menudo llega antes que ella. El episodio de Pedro en casa de Cornelio da testimonio de ello. En la visión de Jope, Pedro muestra hasta qué punto él mismo se resiste a abrirse a una nueva comprensión y a trascender las viejas categorías religiosas y culturales de puros e impuros. Hasta que oye la voz del cielo: «Lo que Dios ha purificado, tú no lo consideres profano» (Hch 10,15). Y cuando llega, con mil precauciones y temores, a casa del sorprendido pagano Cornelio, se da cuenta de que el Espíritu Santo había llegado antes y ya estaba actuando. También hoy, en tantos ámbitos, el Espíritu Santo llega antes que la Iglesia. En este sentido, el apóstol Pedro nos da una lección que debe permanecer. Cuando se dio cuenta de que el Espíritu iba por delante de la Iglesia, trató de poner a la Iglesia al paso del Espíritu.

MÁS QUE UNA FOTO



María José Tuñón

Esclava del Sagrado Corazón de Jesús y directora del Secretariado de la Comisión Episcopal para la Vida Consagrada

ENTREVISTA

«La vida consagrada es el rostro samaritano que se entrega por amor»

En cualquier lugar donde se acaricia la piel de lo más vulnerable se hace Eucaristía. En este acorde de hojas bañadas de ternura florece la mirada de la hermana María José Tuñón, donde el Verbo esculpe vida tras la brisa del Calvario. Esta Esclava del Sagrado Corazón de Jesús toma el barro herido con sus manos, lo besa delicadamente y, al desliz de un Jesús Abandonado, limpia el borde del Costado porque su alma se acrisola tras el eco del Amor

Carlos González García
Periodista y escritor

A veces, Dios escucha el dolor del mundo y hace silencio. Apenas han pasado diez minutos de las ocho de la mañana y, tímidamente, se escucha el canto de un gorrión en la madrileña calle de Añastro. Ningún lunes despierta por igual, pero tengo el presentimiento de que este guarda el tesoro máspreciado del impaciente Amado, el que custodia en sus manos la niña de sus ojos.

«¡Gracias por venir hasta este rincón y gracias por tu confianza!» La sonrisa de la hermana María José Tuñón no se guarda nada. Tampoco su palabra, que acoge la mirada herida y ama como Él ama; sin preguntas, sin medidas que hienden el dolor de quien más sufre. Tras 46 años de su primer sí a Dios como Esclava del Sagrado Corazón de Jesús, roza con cuidado la cruz que adorna su pecho, como si no quisiera dañar ni una sola de sus espinas. Es detallista en sus gestos, en su hacer entregado, en su manera de cuidar. Por eso, sus ojos acaban derramando el último atisbo sobre la piel susceptible del Cordero.

María José, quien ha sido formadora y provincial en su congregación y presidenta de la CONFER en Andalucía, es la directora del Secre-

tariado de la Comisión Episcopal para la Vida Consagrada de la CEE. Es licenciada en Historia, diplomada en Teología y Pastoral y Máster en Acompañamiento y Discernimiento vocacional. Siempre dispuesta a dejarse enamorar, en este tiempo de tantas incertidumbres, pone su vida por entero en las manos de Cristo como consultora de la Congregación Vaticana de Vida Consagrada. Al lado del que sufre, siendo Iglesia que acoge, que cura y que cuida. Siendo, por entero, toda de Dios. Como María de Nazaret, porque sabe que en las lágrimas de sus hermanos llora Dios todos los dolores del mundo. Tras un paseo y un café a su lado, me enseña a comprender la delicadeza con la que nos mira el Padre: como la fotografía de un retrato antiguo que no abandona nunca su mirada...

¿Quién es María José Tuñón?

Me percibo como una mujer con deseos de vivir en dinámica de encuentro. Doy gracias al Señor por ser persona de relaciones amables y cordiales en general; y, como es lógico, en mis momentos, buscando lo mejor, no acertar y sentir el barro y las ganas de buscar que es lo

que más me une. Al fin y al cabo, deseo dejar que el Señor lleve la iniciativa.

Eso exige no ponerle límites al amor, ¿no?

Así es. Solo soy una mujer que quiere servir al Señor y a los hermanos. Esclava del Sagrado Corazón de Jesús, con todo lo que eso conlleva de carisma reparador, de llevar la misericordia y la ternura de Dios a todos los hombres según su corazón... Me gusta pedir al Señor que me dé un corazón como el suyo para poderlo repartir.

«El hombre hace proyectos en su corazón, pero el Señor pone la respuesta en sus labios», dice la Palabra en Proverbios...

Yo valoro —y necesito mucho— los momentos de oración y adoración, tanto personales como comunitarios que, como regalo carismático, jalonan mi día a día, para ir dejando que Él trabaje en mí el deseo de ser Pan que acompaña, que se parte y reparte.

¿Y cómo ha caminado tu vocación, de la mano de Jesús de Nazaret, para llegar hasta el día de hoy?

Mis padres me dejaron en el corazón una huella, de hombre y mujer sencillos, que en su día a día y dificult-

tades procuraban encontrar la mano de Dios. Recuerdo –como buena sevillana– ir los viernes al Señor del Gran Poder de la mano de mi madre y allí, junto con mi hermano, aprender que Él es el Señor. Íbamos a pedirle, o a darle gracias, porque Él sabía todas nuestras necesidades, pero le gustaba que se las contásemos y que, a veces, le preguntásemos el por qué de lo que no era entendible... Y así, poco a poco, fui descubriendo que Él estaba siempre conmigo.

Una buena herencia que te acompaña y te compromete...

Desde luego. Aunque en mis tiempos jóvenes no pensaba en la vida religiosa, sí en el compromiso por una sociedad más justa y por trabajar unas relaciones sociales más fraternales. Tuve la oportunidad de participar en un campo de trabajo en verano, en unas zonas rurales de Málaga que organizaban las Esclavas en aquellos años donde todavía muchos pueblos andaluces no tenían luz ni agua corriente, y donde algunos no sabían leer ni escribir. El contacto con esa realidad me sacudió y hasta pensé que tenía que ser maestra de pueblo. Y, de ahí, algunos encuentros, convi-

vencias, etc., hasta que dejé el trabajo que tenía y comencé una experiencia de búsqueda para sentir más adentro la llamada y, con su gracia, responder. Y te confieso que me costó atreverme a seguirle y a salir de mi zona de confort en muchos aspectos personales, familiares, de amistad...

¿Y por qué Esclava del Sagrado Corazón de Jesús?

Tras todo aquello, comencé la aventura de ser Esclava del Sagrado Corazón, acogiendo la invitación a ser corazón del Todo Corazón en el hoy concreto. Todo un desafío, aun después de 46 años de mi vida en la Congregación, queriendo servir, adorar, amar como Él amó y sintiéndome con mucho que aprender para seguir compartiendo lo mejor de mí; que, a su vez, es regalo de quien no se deja ganar en generosidad para la vida del mundo.

¿Qué sentido tiene en tu vida religiosa la Reparación al Cuerpo de Cristo?

«Cristo nos amó y se entregó por nosotros. La Reparación es nuestra respuesta de amor a Cristo» (*Constituciones*, 2). ¡Lo es todo! Nuestro carisma y misión es la Reparación al Corazón de Jesús. Es el regalo que nos ha

concedido Dios, a través de la Iglesia, para ofrecerlo a otros. Vivimos la Reparación al Corazón de Jesús por nuestra participación en la celebración de la Eucaristía. Nos sabemos alcanzadas por el Amor y sentimos la necesidad ineludible de retornarlo. Por eso, abrimos un espacio para el perdón, creando puentes, restaurando relaciones y trabajando por la justicia y por la paz.

¿Cuál es la clave para comprender y darle sentido a tanto amor?

Estar al lado del que sufre, dejarnos afectar por su dolor y acompañarlo hasta padecer nosotras también con él. Buscar las brechas más profundas de nuestro mundo e introducirnos en ellas, sentirnos atraídas por el dolor de las heridas y desear curarlas, hacernos sensibles al grito de la tierra devastada y comprometernos en su cuidado. Pero no sería posible sin hacer cada día vivo y actual ese deseo, que es gracia a pedir y que se regala. Yo tan solo intento caminar humildemente a su lado...

Y siempre, como un mar sin fondo, desde la pedagogía de la compasión.

Sin duda, necesitamos que Él nos vaya haciendo ca-



da vez más tuyas para poder ser ese amor derramado. A su estilo en el mundo de hoy y, especialmente entre los más vulnerables, cuidar, estar, acoger, hacernos pan y vino, banquete y reparación, que pasa por asumir nuestras propias debilidades y dejarnos amasar.

Tu mirada encarna una mística de alma compasiva y ojos abiertos. ¿Cómo puebla Dios tu corazón contemplativo?

En mi caminar he ido descubriendo que Él me precede, y eso llena mi corazón de confianza y de un saber que se vale de lo que aparente-

mente no es para hacer surgir la grandeza de la generosidad. Es un ir confiada junto con otros y otras, que me ayudan y enriquecen en el compromiso diario de descubrirle para, así, recibir la llamada de la mañana de Pascua: «Id... voy con vosotros».

«Con la boca por tierra», como decía tu fundadora y dando gracias, respondiendo al amor con Amor, ¿no?

Sí, es también un deseo carismático, que es savia para nuestro árbol como Esclavas. Solo el agradecido, humilde y sencillo le roba el corazón a Dios mismo, y

como diría san Ignacio, recibe misión y dinámica de responder. Apoyadas en su gracia para que Él sea más reconocido y acogido como Salvador y sentido último de la vida, somos hijas del Dios que siempre está empeñado en que seamos felices.

¿Y cómo es posible llevar a cabo ese sagrado mandamiento que os dejó en herencia vuestra fundadora, santa Rafaela María?

En el fondo, si dejamos que Él nos conduzca con su Espíritu y hacemos espacio en nuestro interior para adquirir la sabiduría del dejar-

nos hacer, amasar y modelar por el Alfarero que pone su taller en marcha con amor, vuelve a empezar el cacharro de nuevo: donde todos pueden beber y encontrar una palabra y un gesto que, como a los de Emaús, les ponga el corazón en ascuas y les devuelva a la comunidad y al compromiso. Hay que estar dispuesta a muchos viajes de ida y vuelta para poder decir, como san Pablo, que ya no soy yo sino que Él se vale de mí, por su gracia, para confundir a los fuertes. Un mandamiento de amor que se aviva hasta hacerse –con Él– Cuerpo que

se entrega y Sangre que se ofrece para la salvación del mundo.

Siendo, para el mundo, Cuerpo y Sangre. ¿Por qué?

Hace unos días, leía que sería muy bueno si todos nos convenciéramos de lo importante de saber entretejer el mantel del Banquete al que todos somos invitados; con las agujas de la acogida, de la incondicionalidad, de no pasarnos falsas facturas que nos hieren y con los hilos de aceptar nuestras realidades, a veces enmascaradas, sin sentir que nadie nos quita nada. Y hacerlo con generosidad, has-

ta poner en la cesta del compartir lo mejor de cada uno, exponiéndonos, no siempre fácilmente, como el mismo Jesús en la Eucaristía celebrada y adorada, que es nuestra referencia y fortaleza. Como Esclava, quiero hacer experiencia explícita del talante de Jesús, siendo consciente de que soy llamada a acompañar y a hacerme compañera, en medio de muchos caminos tortuosos. Santa Rafaela María decía que, aun por peñascales, hemos de transitar con buen trato y amabilidad, para que cada persona pueda dar su respuesta generosa y comprometida.



¿Cuál es tu labor como directora del Secretariado de la Comisión Episcopal para la Vida Consagrada?

En mi misión actual veo muy importante ser puente de comunión, facilitar ese caminar juntos que es primordial para el momento eclesial en el que estamos embarcados. Me gusta recordar las palabras del Papa Francisco en las que nos anima a configurarnos «en una misma barca» para sentir el dolor de tanta humanidad rota y herida. Como diría mi fundadora, «necesitamos reparación y saborear el Dios de la Vida», que siempre está pronto para dar «a manos llenas», pero nosotros nos empeñamos «en cortar los hilos de su misericordia».

¿Qué supone para ti esta llamada a la misericordia infinita?

Sentir en mi corazón esta llamada me dinamiza y, a la vez, me hace más humilde para pedir—como dice el profeta Miqueas—caminar a su lado y sentirme sostenida por el Dios siempre mayor que me ama y me acoge como soy, incondicionalmente, y que hasta hace fiesta cuando me ve volver...

Es una tarea que supone adoptar una visión muy

abierta y una panorámica global sobre el conjunto de la vida religiosa. ¿Cuál es tu deseo principal para la vida consagrada?

La vida consagrada en España es ese rostro samaritano que se entrega por amor en tantos espacios que necesitan ser reparados. Ese es mi deseo, y debemos sembrar esperanza en medio de tantas periferias y donde la vida consagrada está, si cabe, aún más llamada a caminar humildemente junto a otros y colaborar en visibilizar la Iglesia en salida. La vida consagrada ha de ser un hospital de campaña que acoge con ternura los dolores del mundo, en medio de tantas desesperanzas.

¿La vida religiosa sigue estando a salvo?

Por supuesto. Somos pecadores, pero sanos, porque deseamos y, cuando uno desea, está vivo. Preguntémosnos: ¿queremos la vida? Y trabajemos por la Vida, en mayúsculas.

Estamos en un momento cultural y religioso esencial. ¿Esto requiere otra levadura que fermenta la masa?

Ojalá la vida religiosa nos siga acercando la luz de la Santísima Trinidad, para que todo el pueblo de Dios, en camino sinodal, la haga llegar

con alegría a todos los rincones de la tierra.

¿Por fidelidad evangélica?

Hay una fecundidad escondida que es invisible a los ojos y eso hace que el mundo crezca.

¿Por qué es tan importante que la Iglesia sea ese rostro samaritano que está cerca del herido, del roto, del enfermo, del pobre y del más despreciado?

Ese detalle sigue estando vigente y, si me apuras, es urgente no olvidarlo. Nuestro mundo, en este momento, rezuma por todas partes necesidad de paz, de comunión, de diálogo y de búsqueda de caminos verdaderos y sinceros de encuentro. Tenemos necesidad de la alegría de sabernos hermanos y hermanas de la misma carne humana. Sería inmensamente bueno que todos nos pusieramos en modo samaritano, que viéramos las cunetas y no pasáramos indiferentes.

También eres consultora del Dicasterio vaticano de Vida Consagrada. ¿Por qué es tan importante, hoy en día, que la Iglesia abra un camino sinodal donde quepamos todos?

No solo es importante, creo que es una exigencia

que condiciona nuestro ser creyente. Personalmente, agradezco ese nombramiento, porque me hace mucho más consciente de mi ser eclesial y de mi corresponsabilidad de bautizada y consagrada. Y, de corazón digo, me hace más universal y más hermana de mis hermanos consagrados. He tenido varias oportunidades de compartir y escuchar el deseo que la vida consagrada tiene de vivir la sinodalidad. No es una moda, se percibe al pueblo de Dios despejando caminos que puedan ser transitados y permaneciendo en las fronteras, con la ayuda del Espíritu, que nos modela como intrépidos y creativos, a pesar de nuestra disminución y fragilidad...

Aquí cabemos «todos, todos, todos», como dejó claro el papa Francisco en la JMJ de Lisboa. Y vamos de la mano en la Iglesia de Jesús, remando en este mundo con tantas incertidumbres y desesperanzas, donde todos nos necesitamos y donde apremia sentirnos cuerpo querido y amado sin medida: un cuerpo llamado a la fraternidad universal, a buscar el bien común y a traspasar las líneas rojas que nuestro individualismo nos ha incrustado en un corazón vocacionado a la santidad, a la entrega, al estilo del Buen Samaritano.

A veces la oscuridad se convierte en herida, pero... ¿es posible que se cure y se haga cicatriz?

La propia realidad de la vida humana nos dice que sí, así como la fe, aunque pienso que las cicatrices necesitan proceso porque son hasta acicate para la vida, y no cualquier vida: son experiencias que nos recuerdan nuestro ser de criaturas, y con la gracia nos hacen agradecidos para llevar a otros una esperanza. Y no son palabras bonitas, sino lugar de oportunidad, lugar teológico de encuentro para dar un paso hacia adelante y no solo confiar en nuestras propias fuerzas y sabidurías. Quizá, en muchas ocasiones, vivimos de nuestras prepotencias, que nos dejan heridos y la salud no viene porque hay muchas máscaras que nos envuelven y dificultan la sanación, y esto tiene su coste. La gracia se regala, pero no por ello es una baratija...

Hace un tiempo, me decía un religioso dominico que «el Misterio Pascual, más allá de su tragedia humana, es inmensamente bello». ¿Es esta entrega la mayor belleza que nuestros ojos pueden contemplar?

El Misterio Pascual es bello desde el corazón que

siente que un Dios lo da todo en el Hijo, en Jesús, y lo hace hasta el extremo. La cruz, para sus contemporáneos, era un castigo ignominioso, una necesidad, un no tener nada porque una muerte en cruz no vale la pena; eres un desterrado, un dejado fuera de la ciudad, con todo lo que eso significa y, sobre todo, en el momento contemporáneo de Jesús. La cruz es la belleza del amor hasta el extremo, del derroche de amor. Y en la Cruz yo siento que están todas nuestras penas crucificadas con Él y en Él para la vida del mundo, para que podamos mirar como el centurión y reconocer que ese es nuestro Dios: el Dios que ama por encima de todas las cosas y que está con nosotros porque es nuestro compañero de camino. Jesús es la Cruz y, por eso, muchos lo llevamos en el pecho.

¿Con qué deseo llevas tú la Cruz?

Con el deseo de que el Señor no solo sea llevado en mi cruz de cada día. Y, desde ahí, sentir que verdaderamente Él está conmigo. Jesús nos invita, además, a llevar la cruz con Él y ver el sentido Reparador y Salvador que tiene, aunque muchas veces nuestra mirada

no logre de todas formas convencerse de eso. Por eso es bueno no dejar de mirar a ese Dios que lo da todo en la cruz.

Si alguien cae en la tentación de pensar que Dios es el que resuelve las papeletas, que mire a la cruz. ¿No?

Eso es nuestro Dios, es el Dios que salva, pero siempre pregunta además: «¿Tú, que quieres?».

¿Dios es, entonces, propuesta de libertad?

Sí, de libertad y de corresponsabilidad. Dios nos hace partícipes y creativos hasta la desmesura, como la vivió Él, el Maestro, que no tuvo reparos en abajarse y hacerse uno de tantos, hasta la muerte en cruz, para vencer precisamente las muertes y los sinsentidos de nuestro mundo. Nos falta proclamar y anunciar que nuestro Dios es Dios de vivos y no de muertos, ¡es el Señor de la Vida!

Incluso dice la Palabra que aquel que quiera ganar su vida, antes la tiene que perder...

El grano tiene que hundirse y perderse en la tierra para que salga el fruto. Y cuánta fecundidad escondida encontramos en nuestros



hermanos mayores enfermos que, en su a solas con Dios, se entregan una vez más, apoyados en el Dios fiel que les ha llamado. Y ellos siguen mostrando el rostro del Buen Pastor, el que no deja que se pierda ninguno de los suyos, ¡que son todos! Y lo hace por el misterio de la Cruz, necedad para otros, pero gracia que conforta y acompaña para muchos.

¿Crees que tomar partido «con Él» y «en Él» es el reto más trascendental?

Tomar partido con Él y en Él es el compromiso de todos los que hacemos, de nuestra vida, un camino de ilusión y de esperanza para que el mundo viva, y viva con la savia de Dios y de la fraternidad. Y justamente en estos momentos tan convulsos que vivimos para tomar opciones por la paz y la justicia, tenemos que repetirnos que lo queremos hacer como Él, con Él y en Él. ¿Para qué? Para que realmente se den esos frutos de salvación en los que todos podemos sabernos y reconocernos hijos y hermanos, y juntos en la misma barca ir caminando por esa Iglesia nueva que este momento sinodal nos brinda.

Al final, compartir el abismo te permite abismarte en el dolor del otro.

Ese «con Él» y «en Él» nos hace pedir al Señor la gracia de sentirnos responsables en la barca de la Iglesia, porque todos estamos comprometidos, todos somos necesarios. De ahí la gracia de sentir que no vamos solos y que muchas veces, desde nuestras debilidades, somos fuertes. Esta es la paradoja de ir con Él y en Él, y hacer todo a la medida de su amor.

¿Qué supone para ti el Sagrario y cómo respira tu alma frente al Vivo?

Hay que mirar a Jesús Eucaristía, hay que mirar al Sagrario. Como Esclava, no solamente digo mirar al Sagrario, digo adorar cada día al Señor, a esa Eucaristía donde Él ha querido ser y quedarse para ser celebrado, adorado y llevado a todas las partes del mundo. Hemos de llevar a Jesús Eucaristía a mucha gente que no le conoce. Hagamos por que todas las personas le conozcan y le amen, como santa Rafaela María nos repetía a nosotras: «Haced de vuestras casas y vuestra Iglesia ese lugar donde cada uno pueda venir y así facilitar ese encuentro

con el Dios de la Vida, con el Dios que siempre está pronto a acogernos».

¿Mirar a Jesús en la Custodia es un mirar que transforma?

Sin duda alguna, transforma nuestras miradas y, desde ahí, nos anima a poder anunciarle. De hecho, nuestras comunidades nacen alrededor de la Eucaristía que nos lanza al mundo para hacerla vida. Ojalá el Señor nos dé ese fruto que se regala en la medida en que somos capaces de estar con Él, de pararnos, de dejarle hueco, de hacerle sitio, de sentir que Él nos necesita hoy en el mundo y que somos sus pies, sus manos y su mirada misericordiosa y samaritana.

Tras tanto amor entregado, regalado y derramado, ¿todo merece la pena por el Amado?

Sí. Humildemente deseo vivir así, pero también me recojo como barro que necesita de la mano amiga de mi Señor y del cuidado y cariño de mis hermanas y hermanos que me hacen sentir familia que camina: en la certeza de que Él va siempre por delante, precediendo mis temblorosos pasos... **VP**



Anna Sánchez Boira

MIS. HIJA DE LA SGDA. FAMILIA DE NAZARET. ENDE (INDONESIA)

Billete de ida

Quien más, quien menos, todos hemos comprado un billete de autobús, tren o avión en línea. Además del lugar de destino y la fecha, también indicamos si se trata de un billete de ida y vuelta o solo de ida. Más allá de marcar una casilla u otra, instintivamente nuestros pensamientos y sentimientos viven de forma muy distinta nuestros viajes de ida y vuelta o nuestros nuevos destinos, entendidos como comunidad y/o misión nueva, cuyo viaje se limita a un solo sentido de la marcha.

Dejar personas, lugares, seguridades y recoger pertenencias, siempre supone una ruptura, un antes de... para acoger lo que venga y empezar de nuevo. El tiempo de desplazamiento se puede alargar más o menos: todo depende, no precisamente del trayecto real, sino de nuestra percepción interior de ese viaje que probablemente se mueve entre dos

aguas: la nostalgia y el temor y la ilusión y la esperanza.

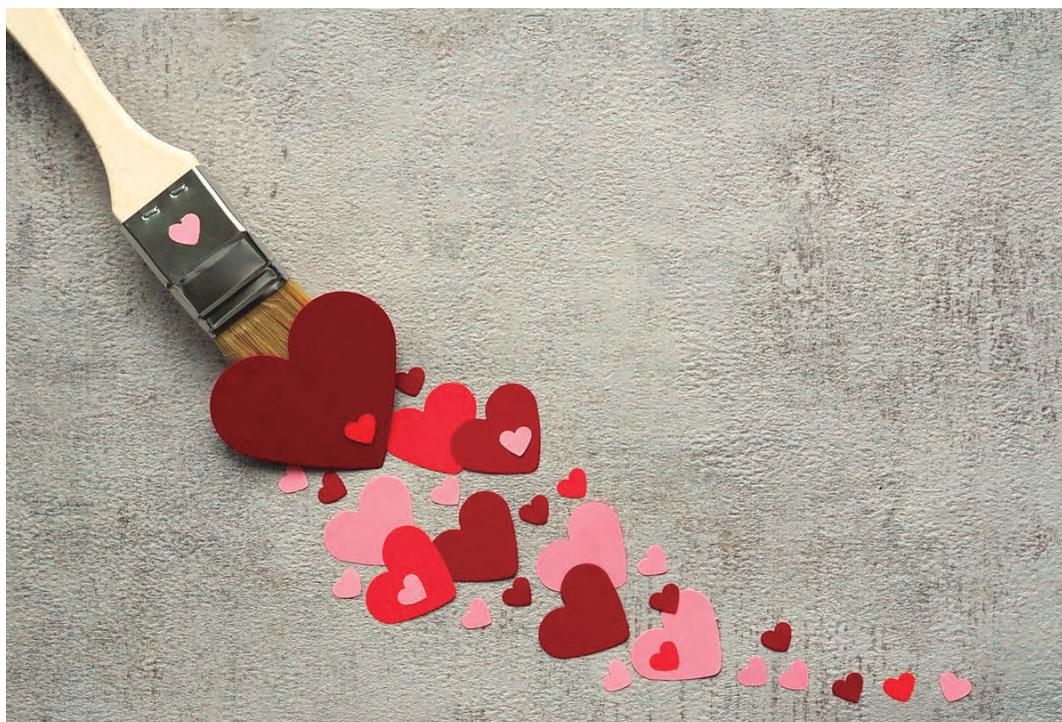
Evidentemente, nuestra mirada trascendente interpreta y da sentido a estos cambios como parte de nuestra opción de vida: dispuestos a acoger la voluntad de Dios allí donde Él nos llama; aunque al mismo tiempo presentándole nuestros interrogantes o alimentando nuestras expectativas.

No sé si soy yo, pero percibo en mi entorno menos inquietud sobre el tema; será la edad, será que somos menos y las combinaciones se simplifican, será que estamos más disponibles y somos más generosos... En cierto modo, la vida es para todos los que tenemos fe una peregrinación hacia la Vida. Ello nos puede ayudar a vivir desinstalados y desacomodados en sentido figurativo y también real, como ya decía Antonio Machado: «Y cuando llegue el día del último viaje, / y esté al partir la nave que nunca ha de tornar, / me

encontraréis a bordo ligero de equipaje, / casi desnudo, como los hijos de la mar».

Jesús, siempre en camino, con lo puesto y poco más, atento a la voluntad del Padre, creando vínculos liberadores para la misión, es nuestro modelo: «Él les dijo: Vamos a los lugares vecinos, para que predique también allí; porque para esto he venido» (Mc 1,38). Como Jesús, nuestra vida es misión, anuncio; no es actividad o discurso, no es esto, o, por lo menos, es mucho más que esto, es actitud, es modo de ser y de estar en el mundo. Hay que aprender a despedirse sin romperse, dejarse trasplantar para que otros se enriquezcan, para ser creadores de oportunidades, para acoger los desafíos y descubrir que el mundo es nuestro hogar, y hacer de cada destino el hogar de muchos.

Billete de ida es vivir en clave misionera, es dejar que los lugares, los tiempos, las culturas, los encuentros nos afecten, y dejar a un lado la excusa «de estar de paso», que nos libera de cualquier compromiso. Billete de ida es decir sí a lo que venga, reconocer que la misión no está escrita de antemano, que el misterio es sobrecolector y no sirven los seguros de vida. Billete de ida es subir al avión y confiar en el trayecto, saberse enviado y saber que allá (Allá) alguien nos espera.



Amor célibe

El voto de castidad por el reino de Dios es un voto de amor de cuerpo y alma. Es una llamada a vivir relaciones especiales de amor: más, mejor, a más personas, a todos, a la vida, a la creación, a Dios

Bonifacio Fernández, cmf

Catedrático emérito de Teología, ITVR

Ya hace años Jose Antonio Marina escribió en su libro *Rompecabezas de la sexualidad* un manifiesto para una segunda liberación sexual. Señala que «la cultura ambiente, por muchos caminos, está produciendo una trivialización de las relaciones, que va unida a una superficialización de las personas». Se refería a la vieja idea de Sartre que dice que el infierno son los otros y añade: «Esa idea mezquina ha tatuado

nuestra afectividad y, al final, nuestras expectativas crecen, pero nuestras capacidades de amor menguan (p. 241)».

ANHELOS Y MIEDOS

El consejo evangélico de castidad por el Reino se inscribe en la condición humana como una llamada a la libertad y a la liberación. Como seres humanos somos temporales y mortales. Somos criaturas con-

tingentes y frágiles. Estamos constantemente amenazados por la finitud. No somos eternos. Vivimos en un tiempo y un espacio limitados. Como reacción contra esa amenaza, en nuestro corazón surge con mucha fuerza el anhelo de tener, de poder, de disfrutar. Las posesiones nos dan seguridad y alivian nuestro miedo a no tener bastante, a la muerte y al olvido. Por eso son tan atractivas. Nos hacen invertir las mejores energías de nuestra vida para aliviar el miedo que nos esclaviza.

El anhelo de poder también arraiga en nosotros como forma de afirmar nuestra vida. Se convierte en dominio sobre otros. Queremos ser alguien importante. El anhelo de poder brota de nuestra tendencia a ser significativos, a contar para los demás y no pasar desapercibidos. Por eso mismo, gastamos muchas energías de nuestra vida en adquirir poder sobre los demás, en conservarlo y aumentarlo.

Dada nuestra precariedad y el miedo a la soledad, la sexualidad es una potente llamada persistente a la relación. Vivimos nuestra humanidad como varones o como mujeres. La sexualidad es una llamada de la vida; ahí nace en nosotros el deseo vehemente de dar vida y de recibir el afecto de otras personas. Pero es tan fuerte la necesidad de afecto que tendemos a poseer y utilizar a otras personas para que nos quieran. Y, al mismo tiempo, estamos habitados por muchos miedos: a ser utilizados, a ser malentendidos en nuestros deseos de afecto, a vivir sin fecundidad, a ser anulados, a depender de otra persona, a no ser ya atractivos, a envejecer. La sexualidad y la afectividad son un don para la relación y la comunicación. Vividas como expresión de amor matrimonial o de amor célibe, nos liberan de la angustia de morir y ser olvidados para siempre.

Por su parte, el voto de castidad por el reino de Dios es un voto de amor de cuerpo y

alma. Se configura como alianza de amor a imagen de la alianza de Cristo con su Iglesia. Es una llamada a vivir relaciones especiales de amor: más, mejor, a más personas, a todos, a la vida, a la creación. El consejo evangélico de castidad pone de relieve y exagera algunas dimensiones del amor interpersonal.

AMOR SANADOR

Las experiencias de enamoramiento revelan y amplían la capacidad de amar. El amor, además de un sentimiento, es también decisión. Tiene sus momentos de revelación y sus momentos transitivos, de acción. El amor célibe y casto acentúa que el amor es gratuito, desinteresado, que no pasa factura. La virtud de la castidad incluye vivir relaciones no posesivas tanto en el matrimonio como en el celibato. Ser casto significa vivir relaciones auténticas, no de dominio ni de sumisión. La castidad crea relaciones de amistad, de fraternidad e igualdad. Apacigua los deseos desmedidos que esclavizan el corazón humano. Nos libera del efecto negativo de nuestras heridas: del amor, de la vida, la muerte. Es una forma de amar que sana de las heridas de la posesión y de la apropiación que aprisionan la afectividad de las personas; por su parte, los afectos y la ternura son expresiones del amor que sana. Requieren un proceso de aprendizaje y purificación de la tendencia posesiva. La transparencia y la verdad aportan claridad a las relaciones afectivas, que, de suyo, pueden nacer confusas.

AMOR UNIVERSAL

El voto de castidad es una promesa pública que pone de relieve la dimensión universal e imperecedera del amor: el estilo de vida del celibato voluntario se caracteriza por la capacidad de estar abiertos al amor a todos los que la vida nos va poniendo en el camino. Implica capacidad de relacionarse, de comu-

nicarse con honestidad y transparencia. Se despliega como capacidad de relación de amor con respecto a las personas que te han sido encomendadas. Ello nos vacuna contra la experiencia de la soledad; ayuda a empatizar con las personas para las que el celibato no ha sido una elección libre, sino impuesta por la naturaleza o por la historia. El proyecto voluntario de vida célibe está motivado por el amor y seguimiento de Jesucristo, expresa un amor tendencialmente sin medida, sin condiciones, sin plazos. Es evidente que este tipo de amor requiere un largo tiempo de aprendizaje; se va aprendiendo en el camino de la vida misma, con sus vicisitudes y sus etapas, sabiendo que es un don recibido para expresar la presencia de Jesús resucitado.

AMOR PASCUAL

El voto de castidad es un voto de «amor pascual», paso de la muerte a la vida, de la soledad a la compañía, de la ausencia ardiente a la presencia trascendente. En ese sentido, la opción por la vida célibe no nace del miedo a la vida, ni del miedo a la muerte. Hay quien lo justifica diciendo que no puede enamorarse de alguien y comprometerse con alguien que se le puede morir. No podría soportar la frustración. Otros lo justifican por referencia al miedo a la vida. Entienden que la situación de este mundo es tan calamitosa que no les merece la pena prolongar la vida, dando por supuesto que serían vidas para ser desgraciados. El verdadero amor, sea matrimonial, paternal, filial, o sea célibe, constituye siempre un grito de resurrección. Si uno no siente la necesidad y quiere vivir para siempre, es imposible que sintonice con la esperanza en resurrección de entre los muertos.

AMOR DE REALIZACIÓN PERSONAL

El celibato voluntario favorece la realización personal. No es cuestión de cuidarse y

protegerse de la relación con los demás. Es cuestión de luchar contra la tendencia del amor posesivo, del amor dependiente, de un amor dominante. Implica una lucha espiritual por no utilizar al otro, no objetivar ni tampoco divinizar al otro.

Ayuda a la unificación y purificación personal; implica un proceso de desposesión con respecto a ministerios, personas, lugares, de los propios sentimientos e ideas, de los bienes y de uno mismo. El amor célibe es liberador; libera del carácter posesivo del afecto. Los evangelios nos recuerdan las tentaciones de Jesús. También a Él se le presenta la tentación de lo espectacular, de someterse a algo o a alguien.

AMOR FECUNDO

Es manantial de fecundidad espiritual. La sexualidad incluye la energía de la relación. Nos recuerda que estamos hechos para la relación. La forma célibe de vivir la sexualidad nos ayuda a reconocer que la sexualidad es un don de Dios. Que Dios nos creó hombre y mujer, a su imagen y semejanza. Como en la relación matrimonial, también en la relación de amor célibe se vive la felicidad propia haciendo felices a otras personas. No se trata de vivir la dependencia: yo soy feliz si tú eres feliz. Se trata de descubrir que Dios me llama a ser mediación para la felicidad de otras personas. La relación de amor célibe es estímulo para que cada persona pueda cumplir sus mejores aspiraciones y sueños y pueda aceptar sus frustraciones y sus pulsiones. Como todos los demás, los hombres y mujeres que viven la sexualidad de forma célibe sienten el grito de la vida y de la sangre que llama a la perduración y multiplicación de la vida. Se anhelan formas de inmortalidad, sea a través de la generación de hijos o bien a través de las obras en las que cada uno ha gastado su vida. Son formas

diferentes de luchar contra la muerte y el olvido.

AMOR QUE DENUNCIA

Es signo de contradicción para la sociedad secular que quiere exprimir la vida en el corto plazo del presente. En nuestra sociedad «de cristal» y de gratificación inmediata se han generalizado las relaciones esporádicas sin voluntad de perduración. Da mucho miedo pronunciar el «para siempre», «todos los días de mi vida» y comprometerse en mantener una promesa, pase lo que pase.

El compromiso votivo de amor célibe, en cuanto que es inclusivo, está llamado a convertirse en un signo vivo de la vocación de todos a la fraternidad universal. Denuncia las esclavitudes a que estamos sometidos en nuestra sociedad: el activismo, el relativismo, la indiferencia. Denuncia la falta de esperanza y confianza en el sueño de todos para todos los seres humanos: *Fratelli tutti*. El voto de amor célibe es una protesta contra la tentación de reducir la vida a la mera temporalidad, es prenda y signo del futuro escatológico que nos ha sido prometido, anticipo de la vida plena y para siempre.

AMOR QUE ANUNCIA

El amor célibe se especifica por la relación con Jesucristo. Es una forma de acoger su misterio de amor. Es pertenencia plena a Cristo, que se ha convertido en el amor de la vida. Implica la separación entre amor y sexo, que en nuestra sociedad se suelen identificar. A imitación de Jesús, se centra en los que creen que no son dignos de amor, en aquellos que sienten que son amados por su cuerpo, por sus cualidades y utilidades, pero no por sí mismos. El voto de castidad es la promesa solemne de vivir el amor humano como alianza con el Dios que es amor y vivirlo abierto a todos. Surge como respuesta

al don entrañable que Dios hace de sí mismo en la Palabra, la promesa, las maravillas de la historia de la salvación.

En esa línea, el amor célibe se convierte en sacramento de aquel amor que es universal, gratuito y definitivo, abierto y acogedor. Refleja el mismo amor de Dios en Cristo a la humanidad, y el amor esponsal de Cristo con respecto a la Iglesia. Los célibes no son simplemente solteros y solteras que se caracterizan por relacionarse con la gente de una manera superficial, mínima, distante y profesional. Si la comunicación en nuestras comunidades se parece al movimiento de las bolas en una mesa de billar, es la demostración de que no vivimos el sentido del amor célibe.

AMOR CASTO Y GRATUITO

Nuestra sociedad hipererotizada ha ido separando el amor del sexo. Se ha popularizado desde la primera revolución sexual la experiencia y la propuesta del sexo sin amor. Pero todos los casados saben bien la diferencia entre la relación sexual como expresión de donación y amor, y la genitalidad sin esas cualidades de ternura y libertad. Si la vivencia del voto de celibato por el reino de Dios nos ha convertido en hombres o mujeres fríos y distantes, podemos estar seguros de que no estamos viviendo el sentido de la castidad evangélica. El consejo evangélico de la castidad no es una llamada a la distancia y la separación; es una llamada a vivir la ternura y a expresarla adecuadamente según las distintas culturas. Ya sabemos que la referencia al ejercicio de la sexualidad impregna el lenguaje oral; también el lenguaje gestual y el no-verbal. ¡Hasta las expresiones más castas y transparentes pueden ser malinterpretadas! Dependerá de los contextos culturales y sociales. Y de las experiencias personales. 



**P. Gabriel Romanelli,
Inst. del Verbo Encarnado**

«Toda la vida consagrada con presencia en Gaza ha decidido permanecer aquí»

Este misionero argentino vive desde hace cuatro años en Gaza, hoy una ciudad cercada por Israel donde mayoritariamente viven musulmanes y solo hay 1017 cristianos, de los cuales 135 son católicos

Ignacio Virgillito

Oficina de comunicación de la prov. claretiana de Santiago

«**A**quí no hay lugar seguro», informa el P. Gabriel, al frente de la parroquia de la Sagrada Familia, la única parroquia católica de toda la Franja de Gaza.

«La situación está muy mal en toda la región, pero particularmente en la zona que atendemos», refiere.

Cuando comenzaron los tristes sucesos el 7 de octubre, —«esos actos deplorables contra la población civil al sur de Israel que ha causado tantos muertos y secuestros», incide el religioso—, se encontraba en la ciudad de Belén, que dista unos 80 km de la Franja de Gaza.

«Estaba fuera de mi parroquia recogiendo unos medicamentos para dárselos a una religiosa que me los pidió; y no podía regresar hasta el domingo por la mañana, ya que en *Shabat* siempre está cerrado el paso fronterizo entre Gaza e Israel».

«Debido a la escalada de violencia de estas semanas no me han permitido volver a mi parroquia, así que me encuentro, desgraciadamente, lejos en lo físico, aunque bien cerca espiritualmente, muy unido a mis hermanos en la oración. Es todo lo que puedo hacer desde la distancia, y sé que no es poco».

El P. Romanelli habla con verdadero pesar de la distancia física que le separa de su parroquia; y con afecto de las piedras vivas que la forman y también del templo, que hoy más que nunca puede dar cobijo a tantas precariedades.

«Lleva por nombre La Sagrada Familia porque, según la tradición, Jesús, María y José pasaron al menos dos veces por estas tierras». «La primera, cuando, huyendo de las garras de Herodes, fueron de Belén a Egipto. La segunda, después, cuando tras la muerte de Herodes, volvieron de Egipto a Nazaret».

«En la parroquia se encuentra el P. Joseph, sacerdote egipcio y hermano de mi congre-

gación, que es vicario parroquial y quien está llevando adelante toda la ayuda a tantísimas personas que la necesitan», explica el misionero.

Toda la vida consagrada trabaja remando en la misma dirección. «Allí tienen presencia las Servidoras del Señor y de la Virgen de Matará, de la familia del Verbo Encarnado, las hermanas Misioneras de la Caridad de la Madre Teresa y, finalmente, las Hermanas del Rosario de Jerusalén, fundadas por una santa palestina, santa Marie Alphonsine Ghattas».

«Todos hemos decidido permanecer aquí», sentencia.

«Somos misioneros», explica a renglón seguido. «Nuestro trabajo en Gaza, en primer lugar, tiene sentido para preservar la presencia física de ese divino Jesús que pasó hace dos mil años por aquí y que se quiso quedar por siempre en la Eucaristía. Esta convicción es la que da motivo a nuestro misionar».

En segundo lugar el P. Romanelli explica: «trabajamos para la comunidad cristiana, atendiéndoles pastoralmente y de otras muchas formas, como hacen todos los religiosos en Gaza».

En tercer lugar, y a raíz de la situación que están viviendo, añade: «venimos a dar testimonio de la caridad, que busca el bien de todos. De todos. De los que no creen en Dios tanto como de los que sí creen. Nos movemos para buscar el bien y asistir a miles de personas que han perdido todo».

«Suplicamos a Nuestra Señora, la Reina de la Paz, que conceda la paz a esta ciudad bendita que la vio nacer y subir al cielo», concluye.

MILES DE MUERTOS Y DESPLAZADOS

La franja de Gaza se halla en Tierra Santa, sobre el mar Mediterráneo, y se extiende

aproximadamente en torno a unos 350 km². Cuenta con varias ciudades siendo Gaza la principal, y la que da nombre a la Franja. «Muy poco antes de que comenzaran las acciones militares de Israel en este territorio, pidieron a la población del norte que se fuera desplazando hacia el sur, al valle de Gaza, el Wadi Gaza», recuerda el religioso. «Pero eso es tanto como pedir la movilización de más de un millón cien mil personas a un lugar donde no hay absolutamente nada. Y, además, donde existe el mismo peligro», lamenta. «De hecho, hoy mismo [25 de octubre] ha habido bombardeos allí».

Hoy Gaza está sitiada y de no ser por algunas pequeñas ayudas humanitarias «que gracias a Dios han comenzado a entrar» cundiría una tremenda sensación de soledad. «Aunque, por desgracia, las ayudas son insuficientes para cubrir mínimamente tantas urgencias que tenemos. Ya eran precarias en tiempos de paz, imaginad ahora», explica Romanelli. «Llevamos casi tres semanas sin que entre nada de lo necesario para vivir: combustible, agua, medicamentos...».

«Los cristianos de Gaza fueron a buscar refugio a la Iglesia», prosigue Romanelli. «Tuvimos unas quinientas personas en la parroquia y había otros tantos en la iglesia griego-ortodoxa cercana a la nuestra. Pero los de allá fueron alcanzados por el bombardeo israelí, en la misma calle que pasa por delante, y murieron diecisiete cristianos ortodoxos».

«Por ello, aterrorizados, todos corrieron a refugiarse en nuestra parroquia. Es decir, en este momento tenemos unas setecientas personas en la parroquia, contando con los cincuenta y cuatro discapacitados atendidos por las Hermanas de la Madre Teresa. Cobijamos a ancianos, niños y a muchos heridos. La comunidad parroquial vive como la comunidad de los primeros cristianos,



poniéndolo todo en común y rezando noche y día en el templo».

«Por el día celebramos la misa de la mañana y rezamos rosarios. Por la tarde, tenemos momentos de adoración y una segunda misa. Durante todo el día imploramos la paz».

Desde estas páginas, el sacerdote pide que se extienda su petición a todas las comunidades de vida consagrada y a todo hombre y mujer de buena voluntad. «¡Por favor, pedid el cese de los bombardeos que se están llevando a tantas vidas humanas!».

* La página del patriarcado latino de Jerusalén ha abierto una vía para ayudar recaudando donativos y distribuyéndolos entre la población afectada. Pueden ampliar la información en este enlace: <https://www.lpj.org/es>



Una aspiradora por «la perpetua»

Jorge A. Sierra

HERMANO DE LA SALLE

DELEGADO DE PASTORAL DEL DISTRITO ARLEP DE ESPAÑA Y PORTUGAL

Quizás hayas leído un libro titulado brillantemente: *Es vida y es religiosa* (de A. Potente, en Paulinas). Y esa vida tiene que traslucirse en pequeños detalles de cada día, algunos «previsibles» y otros completamente alienígenas. Por ejemplo, hace poco, uno de los jóvenes hermanos que acaba de realizar su profesión perpetua (¡gracias, buen Dios!) me dice: «mira lo que pedí a la comunidad por la *perpe*». Y me muestra... una aspiradora, una de esas automáticas, redondas, que van dándose golpes contra las paredes y que limpian ellas solas mediante sofisticados sistemas. Lo más gracioso de todo es que era verdad: es habitual hacer algunos regalos a los nuevos profesos perpetuos. Muchas veces son herramientas de trabajo (ordenadores, tablets...), libros, alguna cosa que le venga

bien para la misión, un reloj bueno... pero es que este hermano había pedido... una aspiradora. La justificación tiene mucho sentido: «es que era lo que necesitábamos».

Y tanto que lo necesitamos: primero para «limpiar», que no viene mal. También para «mapear» comunidades, pues una de las primeras cosas que hacen estos chismes es escanear el espacio (como buen robot no es inteligente, solo un *tonto rápido*) para saber por dónde puede pasar, dónde están los límites o dónde queda la base de carga. Pero lo que más me gustó es que, al estrenarla, todos los allí presentes, medio embobados, estuvimos un buen rato mirando cómo ese ovni iba moviéndose, chocándose, buscando su espacio, mientras lo animábamos con algunos comentarios graciosos.

Me pareció una metáfora muy adecuada para nues-

tras comunidades: necesidad de tener algo que nos agrupe, nos haga mirar al mismo lugar e incluso divertimos juntos (porque acabamos a carcajadas). Por favor, que nadie retire el sagrario de la capilla para poner una *Roomba*, pero la comunión no se da solo en la capilla. Me atrevo a decir que el comedor, la sala de trabajo y hasta el fútbol pueden ser focos de comunidad.

Aún más: la comunidad de la aspiradora este año acoge a un joven postulante (¡gracias, buen Dios!). Y preparando el comienzo de su formación inicial mis hermanos hablaban de cuidar más su vida fraterna de oración, de estar pendientes, *acompañando sin agobiar*, de invitar, de proponer... es decir, sea por una aspiradora o, mejor, gracias a la acogida a alguien nuevo en la familia, esforzarnos, mal que bien, en ser más vida y más religiosa.



Atravesar la noche

Carlos Gutiérrez Cuatango
Monje de Santa María de Sobrado

Solo si miramos la vida de frente y, antes que nada, aquello que en ella no nos gusta, que no corresponde a lo que imaginamos de ella; únicamente cuando no esquivamos al falso, al feo, al deforme, al impresentable, en definitiva, al vulnerable que soy, rindiéndolo confiadamente al amor incondicional de Dios, solamente entonces, permitimos que acaezca la verdadera transfiguración.

Quien no ha tenido la oportunidad de llegar hasta el final de la experiencia de la propia debilidad en su vida, construye aún sobre arena, permanece expuesto a las angustias de la subsistencia cotidiana, está todavía demasiado centrado en sí mismo, pendiente de sus logros, ahogado en sus criterios personales, incapacitado para llevar a cabo la misión propia de su vocación, insensible a la fascinación de la dinámica pascual que presencia «la gracia brotando de la herida».

Dicen que uno no termina de conocerse a sí mismo hasta

que tiene que enfrentarse a un revés que le suponga una pérdida realmente trascendental. No llegamos a saber realmente quiénes somos hasta que adviene la hora de ser menos de lo que hemos sido. Necesitamos descubrir, en el transcurso de nuestra existencia, que los grandes ciclos de interrogación, de intensificación de la búsqueda, los tiempos de *impasse* son oportunidades únicas que se nos ofrecen. De ahí la importancia de saber

permanecer sin ver, con la confianza de que la clara luz de la mañana ya está inscrita en la propia experiencia de la noche. Esta travesía de la noche dilata el corazón, nos predispone para el don, nos vuelve hospitalarios y hogareños, más sencillos y más amantes de la vida, místicos de ojos abiertos. El Resucitado se enseñorea inmortal y glorioso, exhibiendo, sin tratar de disimularlas, las llagas del Crucificado.

Modulando, en una pieza concertada con finura, la óptica antropológica, sociológica, teológica y espiritual, el autor, con un lenguaje estiloso, pedagógico y esclarecedor, nos ofrece una sabia reflexión salpicada de penetrantes citas, que nos conecta con la verdad inalterable del ser. Un excelente itinerario para la formación en la vida común y la misión que, partiendo de la experiencia de la propia vulnerabilidad, conduce a la comunión verdadera, al encuentro misericordioso con el rostro desfigurado del hermano.

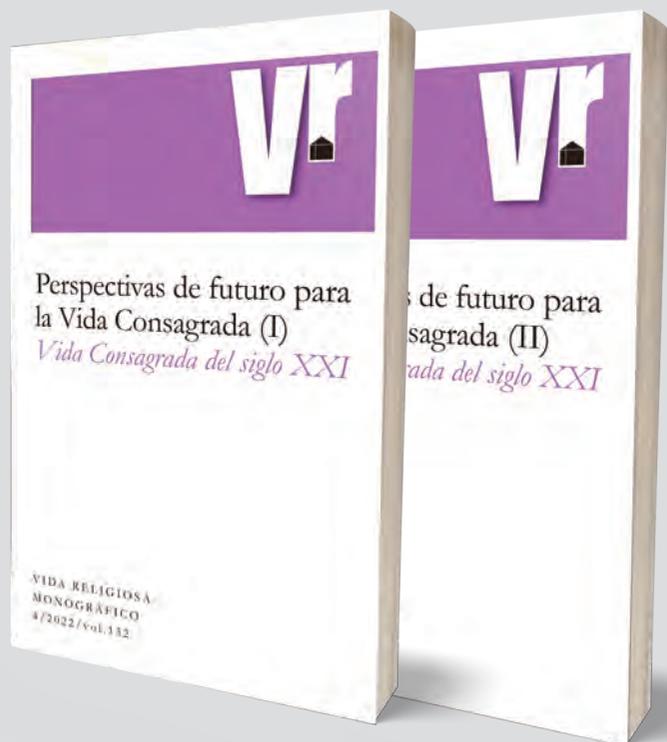


¡OH NOCHE QUE GUIASTE! DE LA INHOSPITALIDAD AL ENCUENTRO. CARLOS MARIA ANTUNES
SAL TERRAE, SANTANDER 2023, 128 pp.

Perspectivas de futuro para la Vida Consagrada

Vida Consagrada del siglo XXI

Card. Aquilino Bocos Merino, cmf



Cabe aplicar la famosa expresión
de **Teilhard de Chardin** y decir:
«La Vida Consagrada **del mañana** pertenecerá
a aquellos que sean capaces **de ofrecer**
mayores **razones** para vivir y
mejores motivos **para esperar**».

Nueva edición del Postgrado en Administración de Bienes Eclesiásticos

CaixaBank y la Universidad Pontificia Comillas ponen en marcha la tercera edición del postgrado para formar **especialistas en la administración de bienes eclesiásticos**. CaixaBank cuenta con un equipo especializado en Instituciones Religiosas y, para apoyar la necesidad de formación en la administración de los recursos de las instituciones religiosas, se compromete a impulsar el curso **becando parcialmente a los alumnos y aportando profesorado** en materias financieras.

Más información del Postgrado:

